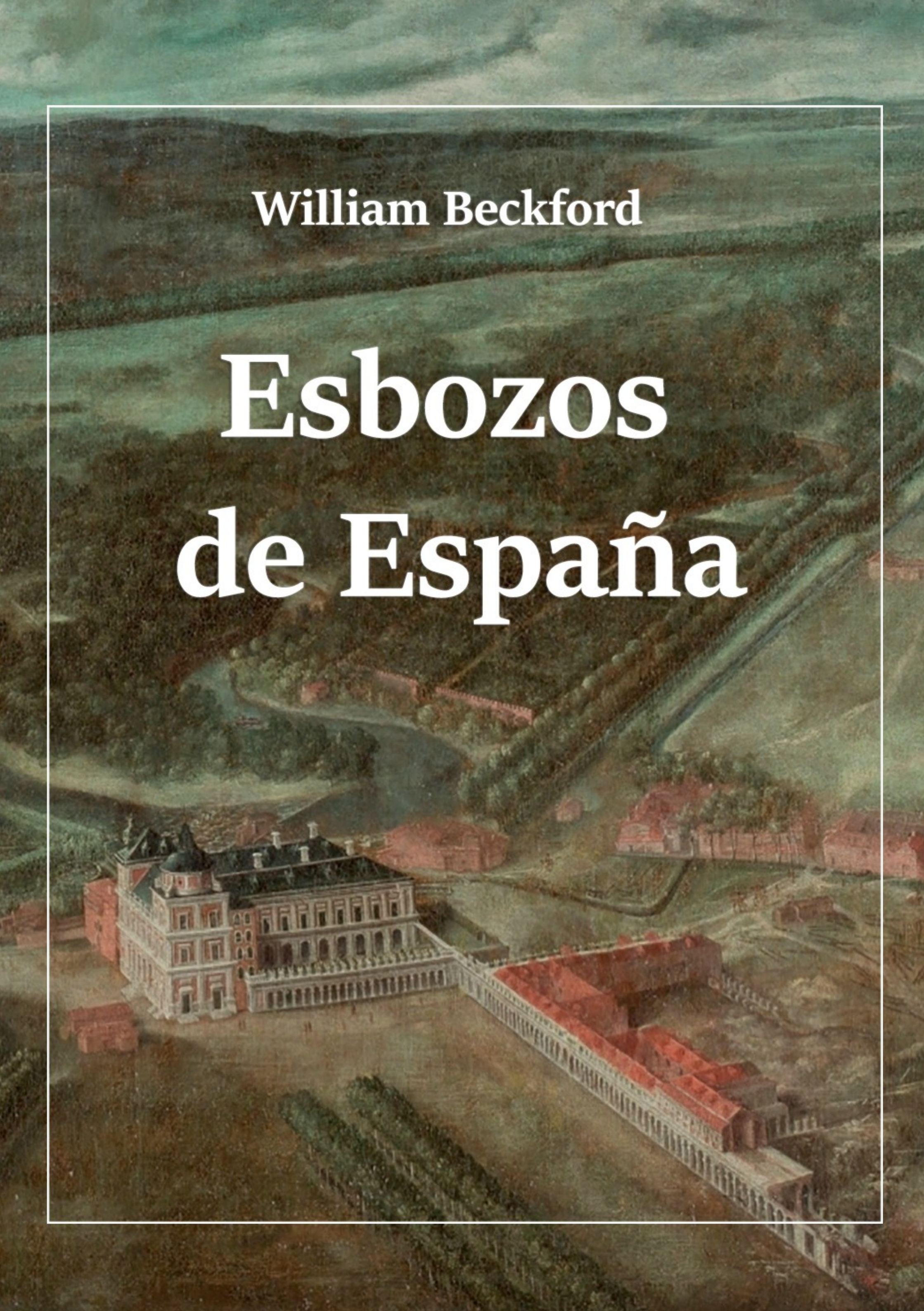

William Beckford
Esbozos de España

William Beckford

Esbozos de España

(1787-1795)

Ed. Francesc Costa Oller

Mataró, 2025

Por caminos históricos

El Camí Real de Parpers (2011-2015)
Al Vallès i al Maresme per camins antics (2012-2015)
Congost, un viatge cultural i històric (2015)
El Camí Real de Barcelona a França (2016-2023)
El Camí Real de Barcelona a València (2016-2023)
Villuga comentado. *Reportorio de todos los caminos de España* (2018-2024)
Viajeros y caminos en la España del Quijote (2018-2024)
Los viajeros ilustrados por los caminos reales de España (2019)
Llibreta de Camp. Arqueologia Caminera (2020)
1802, Carlos IV recorre España (2021-2025)
El Camí Real de França. El projecte de l'any 1786 (2021)
Ambrosio Borsano. *Discurso General* (2022)
Conde de Darnius. *Guía de los caminos de Cataluña* (2022)
Bibliotheca Caminera, de algunas cosas del caminar por España (2022)
El Paso del Noroeste. Una aventura ártica, siglos XVI-XVII (2023)
El pont del Lledoner. Una història de camins reals a l'Ordal (2023)
El viaje por mar de Venecia a Constantinopla (siglo XVI) (2024)
Jornadas y azares. Escenas de viajes antiguos por España (2024-2025)
Montserrat, cròniques de viatgers. Segles XIII al XIX (2024)
François de Tours. *El viaje de España y Portugal 1699-1700* (2025)
William Beckford. *Esbozos de España* (2025)
Robert Southey. *Cartas escritas en España y Portugal* (2025)
Robert Semple. *Dos viajes por España en 1805 y 1809*
El viaje a Constantinopla por los Alpes Dináricos, el siglo XVI

Portada. Vista del Real Sitio de Aranjuez, hacia 1636. Museo del Prado.

https://ub.academia.edu/FrancescCosta
https://archive.org/details/@francesc_costa
https://zenodo.org/communities/fco/?page=1&size=20

Sumario

Edición de la parte española del libro de William Beckford. *Italy, with sketches of Spain and Portugal,* 2 vol, London, 1834. Para el contexto, el excelente estudio de María García Felguera, «*Un invierno en Madrid. La estancia de William Beckford en 1787-1788*». Actas de las Jornadas de Arte e Iconografía sobre Carlos IV y el arte de su reinado: celebradas del 6 al 8 de abril de 2011, págs. 263-304, Madrid, 2011.

Carta I

Miércoles, 28 de noviembre de 1787.

Los vientos están reposando, y la superficie del Tajo tiene toda la suavidad de un espejo. Las nubes se están dispersando, pues llovió intensamente durante la noche, y el sol tiñe las lejanas montañas de Palmela. Un clima encantador para cruzar hacia Aldea Gallega, pueblo que Baretti[1] alaba con tanta profusión.[2] Horne y su sobrino me acompañaron hasta las escaleras de Pampulha,[3] donde me esperaba la falúa del viejo marqués, con veintiocho remeros vestidos con brillantes galas escarlata.

Innumerables mendigos, ciegos, mudos y sarnosos, me siguieron casi hasta el agua. No hay mendigos como los de Portugal en cuanto a fuerza de pulmón, exuberancia de llagas, profusión de parásitos, variedad y disposición de harapos, y perseverancia sin igual. Varios relojes daban la una cuando nos alejamos de la orilla, y en poco menos de dos horas nos encontramos en Aldea Gallega, a cuatro leguas de Lisboa. Durante la travesía nos pasó un gran número de barcos y lanchas, lo que habría sido sumamente agradable en otras circunstancias; pero me sentía oprimido y melancólico; los pensamiento de mi separación de los Marialva pesaban mucho en mi mente. Ni siquiera los magníficos paisajes del río y sus riberas, repletas de con-

---

[1] Joseph Baretti, *A journey from London to Genoa, through England, Portugal, Spain and France*, vols. II, III, IV, London, 1770.

[2] Ahora llamado Montijo.

[3] Barrio de Lisboa.

ventos, torres y palacios, lograban aliviar ese peso frío y muerto ni por un instante.

El sol, habiéndose hundido entre nubes acuosas, daba al Tajo una apariencia lúgubre, de color plomo. Lisboa estaba envuelta en sombras, y la enorme mole del convento de San Vicente, coronando una elevación, se veía oscura y solemne. Las riberas bajas de Aldea Gallega son agradables y boscosas; ya brotan muchas variedades de tulipanes, lirios y otras raíces bulbosas, al amparo de los extensos pinares.

En lugar de ir a una posada apestosa y porcina, mi correo, el favorito de Martinho de Mello, y quien lleva a cabo sus negociaciones más confidenciales, me condujo a casa del jefe de correos; una vivienda ordenada y acogedora, donde encontré un alojamiento bastante tolerable, y almorcé entre una nube de vapor de lavanda quemada que casi nos quitó el apetito.

Antes de sentarme a la mesa, escribí a M--- y envié mi carta de vuelta en la misma falúa. No me fue fácil escribir, ni lo es ahora, pues mi amable anfitrión, el jefe de correos, no sólo tiene la misma edad, sino igual rapidez de lengua que el abad. Fueron contemporáneos en Coímbra, y sus lenguas han mantenido el mismo ritmo durante ochenta años. El jefe de correos posee una memoria tenacísima, y, siendo gran lector de óperas, serenatas, sonetos y novelas, parecía sudar versos por cada poro. Durante tres horas no se concedió ni nos concedió descanso, recitando a raudales a Metastasio, hasta quedar morado.

Después de regar los sentimientos heroicos de Megacles, Artajerjes y Demetrio con una taza de té, pasó a citar autores españoles y latinos: Ovidio, Séneca, Lope de Vega,

Calderón, con igual fluidez. De la misma manera que los molineros duermen al sonido de su molino, así yo, tras dos horas de charlatanería, estaba perfectamente aclimatado, y lo dejé hablar con la más resignada compostura, escribiendo y leyendo como si estuviera en un convento de cartujos.

Jueves, 29 de noviembre.

En la casa y junto a la puerta, durante toda la noche hubo un alboroto constante. A las cuatro de la mañana partieron los carros del equipaje, con un estrépito tremendo de campanas. La mañana era tan suave y primaveral, que tomamos nuestro chocolate en la veranda, que ofrece una vista rural de campos de matorrales y pinos dispersos, terminando en una larga cadena de colinas azuladas, muy pintorescas en forma, aunque no tanto en color.

Después del desayuno fui a la iglesia, que Colmenar[4] pretende que está magníficamente dorada y ornamentada; pero que, en realidad, no ostenta más decoración que algunos altares desvencijados, con imágenes de Nuestra Señora y del santo patrón, en ropajes de tafetán desvaído y con lentejuelas. Me arrodillé sobre un pavimento mohoso, y sentí una ráfaga helada salir de entre las grietas de las lápidas sueltas, que devolvían un sonido hueco al caminar sobre ellas. Un sacerdote, que oficiaba misa, lo hacía con una lentitud y solemnidad poco comunes. Apenas había luz en los rincones de las capillas.

---

[4] Juan Álvarez de Colmenar, *Les delices de l'Espagne & du Portugal*, Leide, 1707.

Poco después de las ocho salimos de Aldea Gallega, y avanzamos a través de profundos surcos de arena, a un ritmo pausado de dos millas y media por hora. A ambos lados del pesado camino, la vista se extendía sin interrupción, salvo por los troncos de raquíticos pinos, a través de una extensión infinita de terreno yermo, cubierto de encinas bajas y jaras. El mismo paisaje se mantuvo sin variación durante cinco leguas, hasta la venta de Pegões, donde escribo ahora, en una larga y lúgubre sala, con paredes enlucidas, piso de ladrillo húmedo y contraventanas agrietadas. Una jauría de perros medio famélicos salta a mi alrededor, con los ojos a punto de salírseles de las órbitas y las costillas marcadas en la piel.

Después de almorzar con las provisiones que llevábamos, de las que la camada de perros disfrutó no poca parte, seguimos por los arenales, únicamente variados por pinos. No vimos una sola vivienda hasta que, con una luz incierta de estrellas, pues ya eran las siete y media, divisamos el extenso frente de un palacio, construido en 1729 por Juan V para alojar a la infanta de España, que se casó con su hijo, el difunto rey Don José. Allí íbamos a hospedarnos, y me sorprendió encontrar, al entrar en una larga serie de estancias bien proporcionadas, puertas y ventanas que aún podían abrirse y cerrarse, grandes chimeneas que no humeaban fuera de su lugar, y techos pintados sin grietas ni resquicios.

Un joven sacerdote, de buenos modales y erudición, guardián de este palacio solitario, hizo cuanto pudo para hacernos la estancia agradable. Gracias a su atención, nos colocaron algunas sillas y mesas junto a un fuego animado, que adoré con todo el fervor de un antiguo persa. Lo

necesitaba, pues me sentía muy descompuesto por el fatigoso arrastre de nuestro coche a causa de los montones de arena, y deprimido por unos temblores febriles.

Viernes, 30 de noviembre.

Anoche, tardé bastante en conciliar el sueño, y al ser llamado con las primeras luces, me levanté, si cabe, más indispuesto que al acostarme. Apenas pude tomar ningún alimento, y anduve desolado por la vasta sucesión de estancias desnudas, hasta que los rayos del sol naciente entraron por las ventanas. El horizonte brillaba con nubes rojizas. Las vastas llanuras desiertas, vistas desde los balcones del palacio, relucían con un verdor cubierto de rocío. Me apresuré a salir para respirar el aire fresco de la mañana, impregnado con el perfume de mil arbustos aromáticos y flores abiertas. No podía creer que fuera el último día de noviembre; más bien me parecía haber dormido todo el invierno y haber despertado en mayo.

Para disfrutar plenamente de estas fragantes brisas, dejé que nuestro carruaje se arrastrara tan lentamente como quisieran las mulas, y que los arrieros fumaran sus cigarros con toda la calma que les viniera en gana; y montando a caballo, cabalgué la mayor parte del camino hasta Montemor, que está construido en la ladera de una montaña y rodeado en todas partes por olivares. Toda la región está cubierta de la misma vegetación y, por tanto, no ofrece un aspecto muy alegre.

A una milla de Montemor cruzamos un río claro, cuyas riberas están pobladas de álamos y una especie ligera y aérea de retama, entremezclada con higuera de la India y

laurentino en plena floración.[5] Las abejas zumbaban entre las flores, llenando el aire con su murmullo.

Mientras se preparaba nuestra comida, subimos las laderas verdes de una alta colina, hacia unas ruinas en su cima; y al pasar por un arco estrecho descubrimos una ancha escalinata que conduce a una antiquísima iglesia de arquitectura gótica y tosca: el pavimento estaba compuesto casi enteramente de losas sepulcrales y placas de bronce. Mientras paseábamos por una plataforma ante la entrada, el sol brillaba con tanta fuerza que nos alegramos de descender por el lado más sombreado de la elevación y refugiarnos en una estancia de la posada, húmeda y sombría, pero donde, sin embargo, nos aguardaba una excelente comida.

Partimos a las dos, bajo un sol resplandeciente, tan alegre y vivificante que volví a montar a caballo y no desmonté hasta llegar a Arroiolos. Justo cuando divisamos esta fea y vieja ciudad, que, como Montemor, corona la cima de una eminencia rocosa, se hizo completamente de noche; pero el jefe de correos salió con antorchas y nos condujo, a través de varios callejones sinuosos, hasta su casa. Encontré unos aposentos agradables, bien amueblados y con ricas alfombras, y tuve el consuelo de acomodarme junto a un fuego crepitante, escribir a todo el círculo de los Marialva, y tomar el té sin ser atacado por citas de Virgilio y Metastasio.

---

[5] Río Almansor.

Carta II

Sábado, 1 de diciembre de 1787.

Hasta ahora no tengo motivos para quejarme de mis alojamientos durante mi viaje por Portugal. Una orden del gobernador me consiguió leche esta mañana para el desayuno, muy a pesar del dueño, que tenía muchas ganas de quedársela toda para sí. La idea de que fue ordeñada a la fuerza me hizo pensar que tenía un sabor muy agrio, y apenas la probé. Adquirí una reserva de alfombras para mi viaje, de extraños patrones grotescos y colores chillones, producto de una manufactura de esta ciudad, que emplea a unas trescientas personas. Me parece que empiezo a escribir con tanta pesadez como el mayor W. Dalrymple, [6]cuyo adusto diario de viajes por una parte de España tuve la desgracia de leer esta mañana en el coche, mientras avanzábamos lentamente por el monótono camino entre Arroiolos y Venta do Duque.

Atravesamos una extensión salvaje de tierras forestales, y vimos numerosas piaras de cerdos rascándose lujosamente contra la rugosa corteza de los alcornoques y escarbando el musgo de sus raíces en busca de bellotas. Venta do Duque es una pocilga digna de ser la capital de un dominio porcícola. Sin embargo, puede presumir de tener una chimenea, lo que nos permitió hacer fuego y hizo nuestra estancia menos intolerable.

---

[6] William Dalrymple. *Travels through Spain and Portugal in 1774,* London, 1777.

La tarde se tornó nublada y fría. Antes de llegar a Estremoz, otra ciudad sobre una colina, más visible y altiva de lo que merece, empezó a llover con fuerza. Oigo caer la lluvia y salpicar en los charcos que se forman en la vasta y desolada plaza del mercado, en uno de cuyos extremos se encuentra nuestra posada. Para ser Portugal, esta posada no está nada mal: las paredes y techos están blanqueados con esmero, y hay sillas y mesas. Mis alfombras han sido esenciales para proteger mis pies del húmedo suelo de ladrillo. Las he extendido alrededor de la cama y hacen un llamativo y exótico despliegue.

Domingo, 2 de diciembre de 1787.

Cuando abrí los ojos alrededor de las siete de la mañana, el cielo seguía oscuro y encapotado; y una multitud de figuras humanas, envueltas en oscuros *capotes*, salían de varias guaridas y rincones a ambos lados de la entrada de la posada. Una feria que se celebraba hoy los había reunido, y lamentaban en coro el tiempo lluvioso, que impedía el lucimiento de sus galas rurales. Muchos de ellos habían pasado la noche en los establos de la posada. Al bajar las escaleras, vi a varios de sus compañeros, de ambos sexos, tirados por el suelo como los muertos y heridos en un campo de batalla; o, usando una comparación menos trágica, como borrachos en plena elección parlamentaria en Inglaterra.

Desde las ventanas de la posada contemplé una vasta explanada de mil pies de ancho, rodeada por edificaciones irregulares; entre las cuales no pude descubrir ninguno de esos elegantes edificios con columnas de mármol que al-

gunos escritores viajeros mencionan con gran admiración. La torre de mármol, también descrita, construida por Don Dinis, ha perdido totalmente su brillo, si es que alguna vez lo tuvo. Muy cerca de la posada hay una pequeña capilla, a la que me dirigí en cuanto terminé de desayunar, y escuché un sermón desaforado predicado por un capuchino de cabellos grises y ojos encendidos, ante un grupo de mujeres sollozantes.

Como no llovía con intensidad, sino que solo lloviznaba, al estilo de mi querido país natal, monté a caballo parte del camino hasta Elvas, y atravesé extensos yermos cubiertos de jara pringosa, cuyo verde oscuro proyecta una sombra melancólica sobre el paisaje. A uno o dos kilómetros de Elvas, el paisaje cambia a un bosque de olivos, con fuentes al borde del camino y avenidas de álamos, que aún no habían perdido su follaje. Sobre sus copas se alzan los arcos de un acueducto, sostenido por fuertes contrafuertes, que visto en perspectiva presenta, desde algunos ángulos, una apariencia no muy distinta de una catedral gótica en ruinas.[7] Los baluartes de Elvas están diseñados y plantados al estilo de nuestros jardines ingleses, y forman paseos muy agradables.

---

[7] Los acueductos de Amoreira, una impresionante obra de ingeniería hidráulica, comenzaron a construirse en 1537 y se completaron en 1622. Con una longitud de 7,9 kilómetros, se extienden desde la fuente de Amoreira hasta el centro de la ciudad de Elvas. En ciertos tramos, alcanzan una altura de 31 metros, sostenidos por cuatro niveles de arcos superpuestos. Su diseño no solo responde a necesidades de abastecimiento de agua, sino que también fue concebido para resistir posibles ataques enemigos, al ser Elvas una ciudad fortificada.

Al entrar en la ciudad, que parece poblada y próspera, fuimos conducidos a una casa muy limpia y ordenada, preparada para nuestra recepción por orden del gobernador, *monsieur* de Vallarè. Un paje, o ayuda de cámara con cierto porte, vestido con una chaqueta azul ricamente bordada y la orden de Santiago colgando de su ojal, nos esperaba en la puerta para acompañarnos arriba, y según el sistema portugués de cortesía, no se separó de nosotros ni un solo instante.

Apenas había inspeccionado mis nuevos aposentos, cuando anunciaron a *monsieur* de Vallarè. Traía consigo al Abade Correia,[8] una de las luminarias de la literatura portuguesa moderna cuya conversación me resultó muy amena. Salimos juntos a visitar las fortificaciones, las caballerizas y los cuarteles, todo en un estado admirable, gracias al gobernador, que es incansable en su labor y mantiene, a una edad avanzada, la agilidad de un joven de veinticinco años. Me encantó su alegre franqueza militar y su atención sincera. Me contó que había soportado el fuego de nuestra formidable columna en Fontenoy,[9] y que nunca se había divertido tanto en su vida como en el humo y la carnicería de aquel combate furioso.

Desde uno de los baluartes a los que nos condujo, tuvimos una vista clara del fuerte de la Lippe, erigido a un

---

[8] José Francisco Correia da Serra (1750-1823), filósofo, diplomático, estadista, político, y naturalista portugués, conocido com Abate Correa.

[9] La batalla de Fontenoy, tuvo lugar el 11 de mayo de 1745 cerca de Tournai, actualmente en Bélgica. Se enfrentaron el ejército del Reino de Francia y un conglomerado formado por británicos, hanoverianos, austríacos y holandeses, y resultó en una victoria francesa decisiva.

costo enorme en la cima de una montaña boscosa. Si el clima hubiera sido favorable, me habría animado a subir hasta allí; pero como empezaron a caer chubascos, preferí refugiarme en un acogedor salón del mariscal, animado por una pila llameante de maderas aromáticas, encendida en una rejilla de manera muy cristiana. El Abade y yo, aacercándonos a este hogar hospitalario, hablamos de Lisboa y sus habitantes; mientras Verdeil se entretenía examinando algunos minerales que el mariscal había coleccionado y que estaban esparcidos por la sala.

En estas ocupaciones transcurrió el tiempo hasta la cena. Comimos cerdo exquisitamente sazonado, codornices sublimes y ensaladas preparadas de varias maneras, las más deliciosas que he probado. Nuestra conversación fue animada y sin reservas; Correa tiene una originalidad de ingenio y libertad de pensamiento que ni los terrores de la Inquisición han logrado extinguir.

Carta III

Lunes, 3 de diciembre de 1787.

El mariscal y el Abade desayunaron conmigo, pero la lluvia me impidió dar otro paseo por las fortificaciones y ver a las tropas realizar sus ejercicios. A las diez partimos, bien escoltados, atravesamos una llanura lúgubre y cruzamos un arroyo que separa los dos reinos.[10] Apenas uno de nuestros arrieros cruzó esa frontera, cortó una cruz en el césped con su cuchillo, cayó postrado y besó el suelo con un arrebato de devoción.

Al subir la ribera del arroyo, divisamos Badajoz y su largo y estrecho puente sobre el Guadiana.[11] La aduana fue todo moderación y amabilidad. Sus arpías no se llevaron mis libros, como había predicho Bezerra, ni hundieron sus garras en mis cofres. Al ver mi pasaporte, uno, creo, no muy común, todas las dificultades desaparecieron, y se me permitió entrar a las solitarias y melancólicas calles de Badajoz sin que me detuvieran ni un instante ni revisaran mi equipaje. Este hecho, como es natural, me dio más satisfacción que el aspecto del pueblo y de sus habitantes, deci-

---

[10] El río Caya.

[11] El puente de Palmas, que atraviesa el río Guadiana, tiene sus orígenes en la época romana y fue construido en 1596 durante el reinado de Felipe II, reemplazando a un puente medieval anterior que fue arrasado por una inundación. A lo largo de su historia, ha sido objeto de múltiples reconstrucciones debido a las crecidas del río Guadiana y a los daños causados por conflictos bélicos. Este puente cuenta con 32 arcos y una longitud aproximada de 582 metros.

didamente lúgubre. Casi todas las casas tienen ventanas enrejadas, y las pocas personas que nos miraban desde ellas estaban envueltas hasta la nariz en pesados mantos de los colores más oscuros.

Seguimos serpenteando durante media hora en lenta y solemne procesión por calles y callejones estrechos, cuyos desagües estaban al borde de rebosar, antes de llegar a la gran y oscura mansión que sus excelencias, el gobernador y el intendente, habían tenido la gentileza de asignar para mi hospedaje. Afortunadamente, ambos estaban postrados por unas fiebres, o de lo contrario, al parecer, me habrían honrado con su compañía durante toda la noche. Una muchedumbre de ojos y mantos, pues apenas se distinguían bocas, brazos o piernas, se reunió alrededor de los carruajes en cuanto se detuvieron, y tuvo la paciencia de permanecer en la calle, fumando cigarros en silencio, durante toda mi cena.

Ya era de noche cuando me levanté de la mesa, bajé con cautela las escaleras y, aunque seguía lloviendo a intervalos, caminé hacia la catedral, atravesando mucho lodo y entre varias comunidades de cerdos, que dormían plácidamente al murmullo de los goterones en medio de canales y zanjas.

La catedral se compone de tres naves de igual anchura, sostenidas por pilares y arcos en un estilo apuntado bastante aceptable. Varias capillas altas se abren en ellas, con solemnes puertas de hierro. En el centro de la nave principal, un torpe arquitecto ha colocado de manera poco acertada el coro, no muy lejos de la entrada principal, y con ello ha bloqueado la vista del altar mayor, lo que no es

gran pérdida, ya que el altar parece poco más que una gran masa de rocalla dorada y bruñida.

Debajo del coro hay una escalera que lleva a la entrada enrejada de una cripta. Ardían lámparas ante muchos altares, y difundían una luz tenue por todo el edificio. Caminé en silencio por las naves mientras los canónigos cantaban vísperas. Los coristas aún conservan el mismo atuendo en que se representa a San Antonio en el cuadro que cuelga junto a la cruz milagrosa que marcó cuando huía de las persecuciones de Satanás. Había una solemnidad en el resplandor de las lámparas, en la penumbra indefinida de las capillas y en la oscuridad de la cripta bajo el coro que me conmovió. Pasé una velada muy incómoda y una noche aún peor.

Martes, 4 de diciembre

No pegué un ojo por culpa de los mosquitos. Me alegré de pedir luz a las cuatro, y aún más feliz fui de subir al coche a las cinco; desde esa hora hasta las ocho y media logré dormitar de forma febril e inquieta, lo que me hizo poco bien. Cuando abrí los ojos, me encontré cruzando una vasta llanura tan llana como el océano. En verano, este paraje no debe inspirar más que ideas de esterilidad y desolación; en esta época, sin embargo, un verdor fresco, pastado por numerosos rebaños, hacía su aspecto más tolerable. Las ovejas, grandes y lozanas, tienen vellones tan largos y sedosos como el pelo de un barbet peinado cada día por las manos de su ama. Observé muchos corderos de blancura resplandeciente, con orejas y hocicos negros; exactamente como los delicados animalitos que recuerdo haber visto en

la época de la porcelana de Dresde, a los pies de pastorcillas sonrientes.

Almorzamos en una aldea de chozas de barro llamada Lobón, situada en una pequeña elevación, a unas dieciocho millas de Badajoz, cuyos habitantes parecen haber alcanzado el último grado de pobreza y miseria. Dos o tres brujas marchitas, que incluso en la resurrección de los huesos secos del profeta Habacuc habrían llamado la atención, me echaron mano en cuanto bajé del carruaje. Pensé que la fría mano de las hermanas fatídicas me estaba sujetando, y temblé por temor a que, quisiera o no, escuchara alguna predicción fatal. Para librarme de ellas volé hacia la iglesia, un viejo edificio gótico situado al borde de un precipicio que cae casi perpendicular hasta las orillas del Guadiana, y me refugié en su pórtico. Allí permanecí hasta que me llamaron a cenar, escuchando el murmullo del río a lo lejos, fluyendo alrededor de islas arenosas.

Me gané el corazón de mis arrieros acariciando sus mulas e interesándome con respeto por sus nombres y temperamentos. *Capitana* es confiable en el trabajo y las dificultades; *Valerosa* es nerviosa y atrevida; *Pelegrina*, algo lenta y cobarde; pero la *Comisaria* reúne todas las perfecciones muleras: es dócil, firme, segura de pie y, al mismo tiempo (para usar la expresión exacta de mi calesero), «la mayor levantadora de barro del universo». Es, sin duda, un animal de resolución poco común; y cuando me siento agotado por el paso lento de sus compañeras, ¡cuántas veces he deseado abandonarme a su guía en una ligera calesa de dos ruedas!

Salimos de Lubó a las dos y media, y, como tuve la fortuna de dormir casi todo el camino hasta Mérida, poco pu-

edo decir del paisaje. Apenas estaba despierto cuando entramos en la posada de Mérida, y me sobresalté, deslumbrado por una iluminación de velas de cera, colocadas solemnemente en apliques por toda una habitación alta de paredes blancas relucientes, como si se esperara que yo yaciera allí en capilla ardiente. En medio del salón había un gran brasero, lleno de brasas encendidas, que exhalaba un perfume tan intenso de romero y lavanda, que me mareé y me tambaleé como un borracho. Pero en cuanto se retiró esa vil máquina, me senté a escribir en paz y con comodidad.

Carta IV

Miércoles, 5 de diciembre de 1787.

A unas cinco leguas de Mérida nos detuvimos en una choza tan miserable que ni siquiera ofrecía refugio para nuestras mulas. La ubicación, entre colinas verdes salpicadas de pintorescos alcornoques, no era desagradable, y la suavidad del día fue tal que extendimos nuestra mesa en una colina y comimos al aire libre, rodeados de gansos y asnos a quienes repartí generosas rebanadas de sandía. Tres leguas cortas nos llevaron de este lugar a Miajadas, donde llegamos de noche. Los habitantes se habían reunido en grupos en sus puertas, cada uno sosteniendo una lámpara y gritando *¡Biva! ¡Biva!*. En lugar de entrar en una posada sucia, mi correo me llevó a una especie de galería con un hermoso techo abovedado, cubierto de esteras y rodeado de sillas doradas. La dueña de la casa hizo solemnes reverencias, no sin gran compostura, y sus criadas cantaron tiranas con una lamentable monotonía que me agotó el alma.

Jueves, 6 de diciembre.

Un diluvio y un paisaje desolador, lleno de fragmentos de roca. Montañas envueltas en niebla, aquí y allá unos pocos puntos verdes salpicados de setas. Recorrimos siete leguas sin detenernos y llegamos a Trujillo a las cuatro. Fue esta ciudad sombría, situada en una colina negra, la que dio a luz al implacable Pizarro, el azote de los peruanos y el ase-

sino de Atahualpa. Nos alojamos en una posada bastante tolerable, sin ser molestados por pláticas, y no oímos más ruido que el goteo de la lluvia.

Viernes, 7 de diciembre.

Me desperté a las cinco. Los desagües estaban desbordados y todos los surtidores de Trujillo estaban chorreando con la lluvia. Pasé hora y media en una oscuridad fantasmal, ya que mis velas estaban guardadas y se había gastado todo el aceite de la casa. Mi diligente mensajero tuvo que hacer grandes esfuerzos para persuadir a nuestros fornidos arrieros a exponerse al mal tiempo. Finalmente salimos con mucho esfuerzo de Trujillo, y después de recorrer dos leguas por la región más desolada y triste que haya visto, un débil rayo de sol disipó el mortecino blanco de las nubes gruesas que nos cubrían. El horizonte se iluminó y descubrimos un bosque de alcornoques intercalados con prados que se extendían hasta donde alcanzaba la vista. Estos lugares verdes continuaron apareciendo en nuestro camino hasta Jaraicejo. Allí hicimos una parada para almorzar rápidamente en una posada no tan miserable como me habían hecho creer, y al continuar nuestro camino, el cielo se despejó. Subimos una montaña desde cuya cima vimos un valle con espacios de tierras de labor, matorrales salvajes y arroyos sinuosos.[12] No tuvimos mucho tiempo para deleitarnos con este panorama pastoral, las nubes pronto lo cubrieron todo y nos encontramos en medio de una niebla húmeda.

[12] El puerto de Miravete.

El resto de nuestro viaje a Almaraz fue vacío, no vimos ni oímos nada, y llegamos al lugar de destino en perfecto estado de salud y estupidez. El escribano, que es el juez y jurado del pueblo, tuvo la amabilidad de alojarnos en su casa y la cortesía de no incomodarnos con su presencia. Es un hombre santo y un ferviente defensor de la Inmaculada Concepción, y tiene no menos de tres grandes folios sobre ese misterioso tema en su casa.

Sábado, 8 de diciembre.

Mientras los arrieros ensillaban sus bestias con cuerdas podridas, yo tomé un libro pequeño y viejo de mi piadoso anfitrión, lleno de las más terribles supersticiones, titulado *Espejo de cristal fino y antorcha que aviva el alma,*[13] y lo leí hasta que quedé agarrotado de horror. Muchas páginas están dedicadas a una descripción del estado en el que el autor imagina que nos sumergimos inmediatamente después de la muerte. Supone que el cuerpo es consciente de todo lo que le sucede en la tumba, de intercambiar su cálido y cómodo hogar por el frío y pestilente suelo de un cementerio, consciente de que sus amigos lo han abandonado para siempre, e incapaz de llamarlos de vuelta, de ser consciente de la aproximación y el progreso de la corrupción más repugnante, y de escuchar la voz de un ángel acusador, recapitulando sus delitos y convocándolo ante el juicio de Dios. El libro termina con una vehemente exhortación a arrepentirse mientras todavía hay tiempo, y

[13] Una popular obra del presbítero Pedro Espinosa (1578-1650), impresa en Sevilla el año 1625, muy reeditada. Algunos fragmentos en el Apéndice.

a procurar, mediante fervientes oraciones y generosas donaciones a comunidades religiosas, la intercesión del ejército de mártires y de Nuestra Señora. Puedo fácilmente concebir que estas publicaciones espantapájaros sean de infinita utilidad para asustar a tres cuartas partes de la humanidad fuera de sus sentidos, prolongando el reinado y aumentando los cofres del clero.

Las horribles imágenes que había visto en este *Espejo* atormentaron mi fantasía durante varias horas. Para disiparlas, monté a caballo y respiré ansiosamente las frescas brisas que soplaban sobre la hierba que brotaba y los campos de lavanda. Los pájaros cantaban, las nubes se dividían y descubrían largas extensiones de suave cielo azul. Galopé alegremente por un país llano, salpicado de bosques de encinas, hasta el pueblo de Navalmoral de la Mata, donde los habitantes estaban devotamente ocupados en sus iglesias solicitando el favor de la Virgen al celebrar el festival de la Inmaculada Concepción. Cuando el coche me alcanzó, subí y las mulas lo arrastraron a una velocidad tal que en días de arrebato habría golpeado sus traseros con impaciencia. Me quedé dormido en una resignada modorra ignorando todo objeto entre Navalmoral de la Mata y Calzada, donde desperté cerca de las cinco de la tarde.

El sol se estaba poniendo en un mar de oro fundido, tiñendo las nieves de una cordillera de montañas altas que descubrí por vez primera limitando nuestro horizonte. Probablemente las habría visto antes, si no hubieran estado envueltas en vapores lluviosos hasta esta noche. Es en su base donde se encuentra el Escorial. Tuve el consuelo de apearme del coche en Calzada [de Propesa] y entrar en una casa con habitaciones alegres y ordenadas, con una

galería abierta por donde caminé contemplando los rayos rojos de luz y las brillantes nubes del cielo occidental, hasta que llegó la cena a la mesa. Aunque todas las puertas y ventanas estaban abiertas no sufrí ninguna incomodidad digna de mención a causa del frío. El dueño de la casa, un barbero-cirujano pomposo y corpulento, muy firme en su creencia de la supremacía de España sobre cualquier país en el universo, confesó, sin embargo, que el clima era inusualmente cálido y que un mes de diciembre tan suave era bastante extraordinario.

Carta V

Domingo, 9 de diciembre de 1787.

Las montañas que vi ayer se llaman sierra de los Gredos, y los vientos que soplan sobre sus cumbres comienzan a enfriar el ambiente, pero el sol brilla gloriosamente y no hay una nube que oscurezca su resplandor. Cuando las estrellas aún brillaban en el cielo, me sentí atraído por la misa en la gran iglesia sombría de un convento. Las voces de las mujeres consagradas a Dios llegaban hasta mí a través de una reja sepulcral cubierta de púas de hierro. Estos sonidos temblorosos y plañideros me llenaron de tanta tristeza y tantos recuerdos de momentos agradables que habían pasado para no volver, que me sentí aliviado cuando me encontré alejado del convento, en un camino alegre lleno de pasajeros.

Pasamos Oropesa, una pintoresca ciudad de aspecto italiano en la cima de una montaña, comimos en una venta,[14] en medio de un bosque salvaje, antes infame a causa de los robos y asesinatos, y llegamos a Talavera de la Reina al atardecer. Creo que se ha hablado demasiado bien de esta ciudad, más de lo que se merece. Su apariencia está lejos de ser alegre o elegante, y las fachadas de ladrillo grueso de los conventos y las iglesias están tan mal diseñadas como ejecutadas. Sin embargo, las calles están llenas de gente que parece un poco más diligente de lo que en general corresponde a los españoles. Me han informa-

[14] La venta de Pedrobanegas.

do que las fábricas de seda de Talavera están prosperando y han dado trabajo a muchos trabajadores antes desempleados.

Colmenar me conduce constantemente a errores y decepciones. Afirmó que los habitantes de este lugar eran casi tan habilidosos como los de Pekín y Macao en la fabricación de objetos lacados, y que su cerámica era incomparable. Sin embargo, después de hacer algunas investigaciones, descubrí que los habitantes de Talavera no eran particularmente expertos en el esmaltado y que no producían tazas o cuencos de la misma calidad que los de otros pueblos.

En un arte son incansables, lo puedo afirmar con tristeza, cantar tiranas arrastradas con el acompañamiento monótono de una especie de roncadora o zanfona, o quién sabe qué tipo de instrumentos, ya que los que escucho en este momento debajo de mis ventanas son sólo aptos para ser tocados en sus dominios. Me encuentro a merced completa de estos músicos desafortunados, y si no cesan tendré que posponer el sueño para otra oportunidad. ¿Vine a España para escuchar roncadoras y zanfonas? ¿Dónde están las seguidillas arrebatadoras de las que tanto me han hablado? ¿Existen o, como los objetos japoneses de los talaveranos, solo se encuentran en libros de viajes y diccionarios geográficos?

Lunes, 10 de diciembre.

Pido mil disculpas a Talavera de la Reina, ya que no es tan espantosa como parecía en el crepúsculo de ayer por la tarde. Muchas de las casas tienen una apariencia palaciega

y el interior de la antigua catedral gótica, aunque no es especialmente espacioso, tiene un aire de magnificencia. Los asientos del coro están elaboradamente tallados y a cada lado del altar mayor, ricas cortinas de damasco rojo caen desde el techo en amplios pliegues, arrojando un brillo rojizo sobre el pavimento.

Si bien dentro de las murallas de Talavera no hay mucho que presumir, hay muchos objetos en sus alrededores que merecen elogios. Tan pronto como dejamos atrás sus calles oscuras y tortuosas, nos encontramos con un espeso bosque de olmos que bordea un hermoso y extenso prado verde uniforme, desde donde se alza el convento de Nuestra Señora del Prado, coronado por una cúpula octogonal. Este edificio está construido de ladrillo, incrustado con ornamentos de piedra y ahogado por hileras de arcadas y abundantes galerías. He visto estructuras similares en los alrededores de Amberes y Bruselas, pero si los españoles llevaron este estilo torpe de arquitectura a los Países Bajos o lo tomaron prestado de allí, no vale la pena establecerlo.

No muy lejos de Nuestra Señora del Prado, atravesamos el río Tajo, y continuamos avanzando penosamente durante cinco horas a través de abundantes arenas, sin encontrar ninguna habitación ni cruzarnos con ningún animal, bípedo o cuadrúpedo, salvo manadas de cerdos, que creo son la principal riqueza de esta zona de España. Dudo que el corral real de Ítaca estuviera tan bien provisto como los de las fincas privadas de Extremadura y Castilla la Nueva.

Al encontrarme en medio de una vasta llanura rodeada por montañas estériles e insípidas, no me quedó más opción que ojear la colección de libros triviales que me propor-

cionaron para el viaje.[15] La palabrería sin sentido de las cartas de Derrick desde Cork, Chester y Tunbridge; la vida, las sagradas rapsodias y peregrinaciones del señor John Buncle; la correspondencia de Shenstone, la del señor Whistler y la de la buena duquesa de Somerset; el recorrido de Bray, en verdad digno de un burro; la descripción excesiva de Leasowes y Hagley de Heley; la pesada descripción de España de Clarke; y la excursión aburrida, tediosa y malhumorada del mayor Dalrymple. Este conjunto de libros es insuperable, si alguien lo duda. Sin embargo, espero conseguir una mejor colección en Madrid y deshacerme de mi viejo stock en el río Manzanares.

Comimos en un pueblo llamado el Bravo, que no merece en absoluto ser mencionado, y hacia las seis de la tarde llegamos en el tedioso trayecto, a Santa Olalla, donde mi correo había conseguido una excelente hospedería en la casa de un veterano coronel. La habitación principal, donde instalé mi cama, era una galería elevada, con grandes puertas plegables de cristal, doradas y barnizadas, las paredes blancas casi cubiertas de imágenes sagradas y espejos pequeños, pegados cerca del techo, fuera del alcance de la vista, como si su propietario temiera que se desgastaran al mirarlos. En unas mesitas bajas, a la derecha y

[15] Los autores y obras citados que siguen son: Derrick Hoffmann, autor de cartas náuticas; *The Life of John Buncle,* London, 1770; la nutrida correspondencia de William Shenston (1714-1763); Frances Seymour, duquesa de Somerset (1699-1754), poeta y mecenas literaria; William Bray, *Sketch of a tour into Derbyshire and Yorkshire,* London, 1778; Joseph Heely, *A Description of Hagley, Envil and the Leasowes,* Birmingham, 1775; Edward Clarke, *Letters concerning the Spanish Nation,* London, 1763.

a la izquierda de la puerta, había vitrinas llenas de reliquias y flores artificiales. En la habitación había taburetes cubiertos de terciopelo, elevados no más de un pie del suelo, y me senté en uno como un oriental, calentándome las manos en un brasero de carbón.

La anciana dueña de la casa, seguida por un séquito de criadas que hacían cortesías y perros que olisqueaban, me acompañó la mayor parte de la noche. Su esposo, el coronel, al estar indispuesto, no apareció. Mientras me entretenía con un detallado relato de las excelentes cualidades y maravillosas adquisiciones del infante Don Luis, que falleció hace unos dos años en su villa de esta zona, unas figuras grotescas entraron y tocando sus guitarras comenzaron una seguidilla que pronto puso en movimiento todos los pies de la casa. Entre los bailarines, dos jóvenes chicas de cabellos oscuros trenzados con cierta elegancia brillaron en un fandango, golpeando el suelo y chasqueando los dedos con pasión. El espectáculo duró una hora entera antes de que mostraran signos de cansancio. Siguieron languidas tiranas, que no resultaron tan agradables como esperaba. No me apené al terminar el baile, y mi amable anfitriona, llevándose a todos sus perros y bailarines, me dejó para cenar y dormir en tranquilidad.

Carta VI

Martes, 11 de diciembre de 1787.

Llanuras desoladas y montañas aún más desoladas, ninguna indicación aún de la proximidad a una capital. Cenamos en Santa Cruz del Retamar y pensamos que sus avariciosos habitantes nos iban a desollar vivos. Ya de noche llegamos a Navalcarnero y nos alojamos en la casa de un tal Don Bernardo, apasionado por la música. El apartamento que me asignaron contenía nada menos que dos clavicordios, uno en una elegante caja dorada, muy pomposo y mal templado, apenas pude hacer que las teclas se movieran. Junto a él estaba un modesto y dulce clavicordio que respondía a mi toque de buena gana, y como tuve la suerte de tocar algunas melodías brasileñas, Don Bernardo se arrebató, al no haberlas escuchado antes.

Estaba cada vez más entusiasmado cuando la llegada del alcalde mayor, seguido de uno o dos sacerdotes con enormes anteojos en sus narices delgadas y aguileñas, interrumpió nuestras armonías. Este personaje vino expresamente a visitarme y a preguntar sobre Inglaterra y su descendencia antinatural, las provincias revueltas de Norteamérica. Un país del que había oído decir que era más frío y oscuro que la tumba, y que estaba lleno de animales, ya fueran bípedos o cuadrúpedos, que llamaban *koakeres* [cuáqueros] viviendo como castores en extrañas cabañas o tabernáculos de su propia construcción.

Miércoles, 12 de diciembre. Don Bernardo me mostró sus bodegas, donde hay varios barriles capaces de contener treinta o cuarenta toneles, y filas de jarras con forma de antiguas ánforas, de diez pies de alto y no menos de seis de diámetro. Por primera vez en mi vida probé el auténtico chocolate español, sazonado con especias y canela más allá de lo soportable. Me ha puesto la boca en llamas y no hago más que escupir y soltar saliva.

El clima era tan húmedo y brumoso que apenas podíamos ver diez yardas al frente, no puedo, por lo tanto, en conciencia, denostar la cercanía a Madrid, tanto como creo que se merece. Alrededor de la una, cuando empezaron a disiparse los vapores, surgió de repente de la niebla, una enorme masa de edificios y un confuso amasijo de campanarios, cúpulas y torres. Pronto reconocí que el edificio grande era el nuevo palacio, al estilo de Caserta,[16] pero al estar construido sobre una colina considerable, produce un efecto más impactante. A su base fluye el lamentable río Manzanares, cuyas orillas estaban todas alborotadas con ropa tendida para secar.

Pasamos por este mercadillo de trapos, entre multitud de viejas de color caoba, que dejaron de golpear su ropa para mirarnos, y tras cruzar un ancho puente sobre un arroyuelo estrecho, entramos en Madrid por una puerta de arquitectura bastante mediocre. El pavimento pulcro de las calles, la altura de las casas y el aspecto alegre y vistoso de muchas tiendas superaron con creces mis expectativas. Al entrar en la calle de Alcalá, noble y mucho más

[16] Referencia a la ciudad italiana de Caserta, conocida por su palacio real, iniciado por el rey Carlos VII de Nápoles, el futuro Carlos III de España.

ancha que cualquiera de Londres, quedé aún más sorprendido. Varios palacios y conventos magníficos la adornan a ambos lados. En un extremo, se perciben los árboles y fuentes del Prado, y en el otro, las altas cúpulas de una serie de iglesias.

Nos hemos alojado en la Cruz de Malta, que aunque está muy pobremente amueblada, tiene al menos la ventaja de ofrecer esta vista. Después de cenar pasé media hora en uno de los balcones, contemplando la variedad de carruajes que traqueteaban por allí. La calle desciende gradualmente y, al estar suavemente pavimentada, conducían a toda velocidad, como dicta la alta moda en Madrid; donde ir a toda prisa, aunque se corra el riesgo de dejar cojas a las mulas o partirles la cabeza, es seguir el ejemplo de Su Majestad, que no tiene rival en conducir veloz.

Fui hasta el Prado, y me impresionó la amplitud del paseo principal, la longitud de las avenidas y la majestuosidad de las fuentes. Aunque la tarde era húmeda y sombría, paseaba mucha gente y desfilaba una larga hilera de carruajes. El atuendo de las damas, el corte de los uniformes de los sirvientes, los lazos de los cochero y la pintura de los coches eran tan perfectamente parisinos, que me imaginé en los Bulevares, y busqué en vano esos pesados carruajes, rodeados de pajes y escuderos, de los que se lee en las novelas españolas. Ha tenido lugar un cambio total, y las costumbres nacionales originales están casi borradas.

La devoción, sin embargo, aún no ha sido desterrada del Prado; al sonar la campana del Ave María, los carruajes se detuvieron, los sirvientes se quitaron los sombreros, las damas se persignaron y los peatones permanecieron inmóviles, murmurando sus oraciones. Esta no-

che hay ópera y teatro, creo, pero no estoy con ánimo para ir a ninguno de los dos.

Carta VII

Jueves, 13 de diciembre de 1787.

Era una mañana húmeda y pesada, y apenas pude obligarme a dejar la comodidad de mi chimenea para entregar los despachos más confidenciales del arzobispo al embajador portugués, Don Diogo de Noronha. Como el embajador había ido al palacio, me dirigí a casa de la duquesa de Berwick, vieja conocida mía, con quien pasé tanto tiempo en París hace ocho años. Su querido esposo, a quien conocia de Bruselas, Aquisgrán y todos los salones de juego de Europa, por el nombre, estilo y título de marqués de Jamaica, ha fallecido hace cinco o seis meses; y ella es ahora dueña del palacio más espléndido de Madrid, de una de las mayores fortunas, y de los asuntos de su único hijo, el actual duque de Berwick, del que es tutora.

La fachada del palacio y el espacioso patio delantero me agradaron enormemente. Está construido en el mejor estilo de la arquitectura parisina moderna, simple y elegante. Me condujeron por una escalera majestuosa adornada con columnas corintias, y a través de una larga serie de habitaciones, al final de las cuales, en un salón decorado con satén bordado de la India, se encontraba reclinada *madame la duchesse*, con su acostumbrado aire de indiferencia. Parecía no haberse movido de su sofá desde la última vez que tuve el placer de verla, y sigue siendo exactamente la misma criatura bondadosa e indolente, libre de malicia o mezquindad; ojalá el mundo estuviera lleno de esta especie inofensiva y tranquila.

La mañana pasó volando entre recuerdos de tiempos color de rosa; regresé a casa a cenar, y tan pronto como oscureció, volví a casa de *madame* de Berwick, que me esperaba con el té. Me gusta mucho su salón; los ángulos están suavizados con sofás semicirculares bajos, y el espacio entre ellos y los tapices está ocupado por losas de mármol granadino, sobre las que se colocan jarrones de porcelana bellísimos con alhelíes y rosales en plena floración. El fuego ardía alegremente, la mesa estaba colocada cerca de él; la hijita de la duquesa, doña Ferdinanda, jugaba y sonreía con un perrito que tenía en el regazo y al que había envuelto como a un bebé.

Poco después del té, entraron el joven duque de Berwick y un abate francés, su preceptor, y se quedaron con nosotros el resto de la velada. El duque tiene apenas catorce años y unos meses, pero es más alto que yo, y tan rollizo como la más rolliza de las perdices. Sus modales son franceses, y su actitud tan precoz como su figura. Pocas, si es que alguna, fortunas en Europa igualan la que él posee y espera heredar de la casa de Alba, con al menos setenta mil libras anuales, y propietario ya de las fincas de Veragua y Liria. Estas inmensas propiedades, por supuesto, están arrendadas en malas condiciones y cultivadas de forma deficiente. Si se hicieran esfuerzos adecuados en su gestión, sus ingresos podrían duplicarse.

Madame de Berwick no ha perdido su pasión por la música; partituras de óperas y sonatas están esparcidas por todo su salón; no solo había libros de canto sobre la alfombra, sino también cantantes: tres de sus músicos, un paje y dos simpáticas señoritas de honor, se habían arrojado con descuido a sus pies en el más puro estilo español,

o más bien morisco, listas para entonar en cuanto ella diera la señal, lo que no tardó en suceder, y nunca he oído voces más suaves.

La inspiración que me provocaron me llevó al piano, donde toqué y canté aquellas melodías que tanto le gustaban a *madame* de Berwick en los albores de nuestra amistad; cuando, gracias a su querida indolencia, tenía la resignación de escucharme día tras día, hora tras hora, con mis arrebatadas rapsodias románticas. ¡Qué fervoroso y extático era yo en aquellos días; juguete de cada impulso, víctima voluntaria de cada ilusión alegre! La duquesa me dice que, por el tono de nuestra conversación matutina, cree que ahora estoy algo más sereno, y que tal vez logre atravesar este espinoso mundo sin perder la razón entre sus zarzas.

Carta VIII

14 de diciembre de 1787.

Uno de los españoles mejor informados y más agradables, el caballero de Rojas, que había sido muy íntimo tanto de Verdeil como mío en Lausana, vino esta mañana con gran prisa para darnos un afectuoso abrazo. Parece haber decidido mostrarnos Madrid y hacer nuestra estancia lo más animada posible. Propuso cincuenta planes en medio minuto: visitar museos, iglesias y edificios públicos; asistir a bailes, teatros y tertulias. Me alarmé ante esta perspectiva tan ajetreada, me replegué dentro de mi caparazón y comencé a desear estar en el más perfecto incognito; pero, ¡ay!, fue en vano, todo fue inútil.

Rojas, ansioso por asumir su papel de cicerone, se movía inquieto hacia la ventana, observó que aún teníamos una o dos horas de luz, y propuso una excursión al palacio y jardines del Buen Retiro. Al entrar en el patio del palacio, rodeado de edificios bajos con fachadas enlucidas, tristemente deterioradas por el viento y el clima, vislumbré unas figuras venerables con caftanes y turbantes, recostadas contra una puerta. Mis chispas de orientalismo estallaron al ver tal escena: «¿Quiénes son esos animales pintorescos?», pregunté a nuestro guía. «¿Está permitido acercarse a ellos?» «Tantas veces como quieras», respondió Rojas. «Pertenecen al embajador turco, que está alojado, con todo su séquito, en el Buen Retiro, en los mismos aposentos que una vez ocupó Farinelli; donde celebraba sus recepciones oficiales y ensayos de ópera: un día ins-

truía a ministros y al siguiente a tenores y sopranos.[17] Si te apetece, subimos y examinamos toda la *menagerie*».

Dicho y hecho. Subí cuatro escalones de un salto, para gran deleite de los pajes y sirvientes de su excelencia, e ingresé a un salón cubierto con las más suntuosas alfombras y perfumado con la fragancia de madera de aloe. En un rincón de esta magnífica estancia estaba sentado el embajador, Achmet Vassif Effendi,[18] envuelto en una pelliza de zorro negro de gran valor, jugando con una caña ligera que tenía en la mano, y que pasaba de vez en cuando bajo las narices de unos altos y apuestos esclavos formados frente a él. Estas figuras, inmóviles como estatuas y, al parecer, igual de insensibles, no movían ni la mano ni el ojo.

Al avanzar para hacer mi salam al representante del Gran Señor, que me recibió con una reverencia muy cordial, su intérprete anunció mi nacionalidad y mi parcialidad personal hacia la Sublime Puerta. Tan pronto como tomé asiento en un pesado *fauteuil* de terciopelo labrado, se sirvió café en tazas de la porcelana más delicada, con platillos esmaltados en oro. A pesar de mi predilección por el Oriente y sus costumbres, apenas pude tragar esta be-

---

[17] El castrati Farinelli (1705–1782) fue uno de los cantantes más famosos de la ópera barroca. Tenía una voz de enorme extensión, potencia y agilidad, capaz de hacer adornos imposibles para otros cantantes. Triunfó en Italia, Londres, y sobre todo en la corte de Madrid.

[18] Ahmed Vâsıf Efendi (1730–1806), importante funcionario y cronista del Imperio Otomano. Participó en varias misiones diplomáticas, en Europa, en una época donde el Imperio Otomano intentaba modernizar sus relaciones exteriores. Escribió una crónica muy famosa donde describía la historia contemporánea del Imperio, incluyendo guerras, tratados y reformas.

bida, era tan espesa y amarga; mientras hacía algunas muecas, un murmullo bajo, como el de flautas y salterios, acompañado por una especie de tamboril, emergió desde detrás de una cortina que nos separaba de otro cuarto. Había en la melodía una melancolía salvaje y una repetición constante de los mismos cadenciosos lamentos, que me conmovieron y tranquilizaron.

El embajador no dejaba de observar mi rostro, y parecía muy complacido con el efecto que su música producía en mí. Es un hombre de considerable talento, profundamente versado en literatura turca; natural de Bagdad; rico, generoso y de noble cuna, descendiente de la casa de Barmek; cortés en su trato, suave y persuasivo en su elocución; aunque no sin algo así como una chispa de despotismo en la comisura del ojo. De vez en cuando me parecía que el recuerdo de haber recomendado la cuerda del arco, y ciertas dudas sobre si algún día no recibiría él mismo ese honor, cruzaban su venerable y expresivo semblante.[19]

Mis preguntas entusiastas sobre Bagdad, la tumba de Zobeida, los vestigios de la Dhar al-Khilafa o palacio de los abasíes, parecieron despertar en él mil recuerdos placenteros; y cuando añadí algunas citas de sus autores favoritos, especialmente Mesihi, se volvió tan comunicativo que un griego astuto y vivaz, llamado Timoni, que actuaba co-

[19] En el contexto del Imperio Otomano, la *bow-string* (cuerda de arco) era un instrumento utilizado para ejecutar a altos funcionarios o personas cercanas al sultán que caían en desgracia. Era una forma de estrangulamiento silencioso, más digna y sin derramamiento de sangre, reservada especialmente para nobles, visires o miembros del harén. Por lo tanto, «having recommended the bow-string» implica haber aconsejado o aprobado la ejecución de alguien.

mo su intérprete más confidencial, apenas podía seguirle el ritmo.

De no haber sido por la llegada de la hora de la oración, nuestra conversación podría haber durado hasta la medianoche. Alzándose con gran dignidad, extendió los brazos para desearme buenas noches, y fue asistido por dos apuestos pajes georgianos hasta una estancia contigua, donde sus secretarios, dragomán y asistentes estaban reunidos para realizar sus devociones, cada uno sobre su pequeña alfombra, como si estuviesen en una mezquita; y no fue poco edificante presenciar la solemnidad y el recogimiento con que se llevaban a cabo esos rezos.

Carta IX

Domingo, 16 de diciembre de 1787.

El amable e incansable Rojas vino a llevarnos al Museo y la Academia de Artes. Consta de siete u ocho salas, con vitrinas alrededor, en un estilo sencillo y sobrio; los objetos están claramente organizados y expuestos de forma muy comprensible. Hay una vasta colección de minerales, corales, madreporas y estalactitas, de todas las grutas del universo; y curiosos ejemplares de oro y plata en estado virgen. Entre estos últimos, un trozo que pesa setenta libras, desprendido de una enorme masa por un maestro minero, quien, después de cenar sobre él con doce o trece personas, lo hizo pedazos y repartió los fragmentos entre sus invitados. Lo que más me agradó fue una colección de vasijas peruanas; una piedra pulida que servía de espejo a los incas; y un manto de lino que anteriormente adornaba sus hombros de color cobrizo, tan finamente tejido como un chal, y floreado de manera muy similar, con colores tan frescos y vivos como si fuera nuevo. En las salas de la academia hay una colección valiosísima de moldes tomados del sereno y grácil arte antiguo, y varias pinturas modernas de artistas españoles, intensas y llamativas, que asaltan la mirada.

Encontré la tarjeta de nuestro agudo e inteligente encargado de negocios sobre mi mesa cuando llegué a casa, junto con muchas más, todas igual de blancas; una vista que me enfría como una nevada, porque me hace pensar en la fría ociosidad de pasar los días repartiendo trocitos

de cartón en respuesta. Verdeil y yo cenamos *tête-à-tête*, ideando planes para escapar de las formalidades fastidiosas. No es tarea fácil, sospecho, si juzgo por las apariencias.

Terminado nuestro banquete y nuestro consejo, nos apresuramos al Prado, donde una brillante fila de carruajes se desplazaba en dos hileras. En el centro desfilaban los coches de gala de la familia real, que llevaban a sus preciosas majestades y a su habitual séquito de damas y caballeros de cámara, debidamente ataviados. Era un espectáculo alegre; la música de los guardias suizos sonando, y el sol del atardecer brillando sobre sus vistosos uniformes. El jardín botánico está separado del paseo por magníficas rejas y pilastras, colocadas a distancias regulares, coronadas por jarrones con aloes y yucas. El verdor y las fuentes de este vasto recinto, terminado por una hilera de invernaderos con columnas, con una entrada de arquitectura muy majestuosa, causan un efecto encantador e imponente.

Desde el Prado fui a casa del embajador portugués, que está postrado con un dedo del pie dolorido. Lo cuidaban y consolaban tres diplomáticos, dos hombres y una mujer. Es una persona de una monotonía suprema, y tambien sus consoladores; uno en particular, del que evitaré su nombre, completamente asnal. La poca simpatía que siento por criaturas de este género me hizo acortar la visita tanto como pude decorosamente, y regresar a casa para recoger a Rojas, que nos esperaba para acompañarnos al teatro

español. Representaban *El barbero de Sevilla*, con la música de Paesiello, y cantaban mejor que en la ópera.[20]

El espectáculo terminó con una especie de *intermezzo*, muy característico de las costumbres españolas de la baja sociedad; en el que se incluyeron *seguidillas*. Uno de los bailarines, un joven vestido con viveza como *macho*, encantó tanto al público que lo hicieron repetir su baile cuatro veces; un maestro de danza francés habría temblado al ver la forma en que metía las rodillas hacia adentro. Las mujeres se sientan solas en una galería tan lúgubre como el limbo, envueltas en sus mantillas blancas, y parecen espectros. Nunca había oido nada como la vociferación con que el público pedía las *seguidillas*, ni los aplausos frenéticos y ensordecedores que otorgaron a su bailarín favorito. La obra terminó a las ocho, y regresamos a casa a tomar el té junto a la chimenea.

---

[20] Giovanni Paisiello (1740–1816), compositor italiano famoso por sus óperas cómicas, en especial *Il barbiere di Siviglia* (1782), muy popular en su momento, mucho antes de que Rossini hiciera su propia versión ahora más conocida.

Carta X

Jueves, 19 de diciembre de 1787.

Detesto que me saquen de la cama a la luz de las velas en una mañana fría de invierno; pero como había fijado hoy para visitar el Escorial, y tenía preparados tres relevos en el camino para realizar el viaje con rapidez, me sentí obligado a llevar a cabo mi plan. El clima era frío y amenazante, el cielo rojo y profundamente coloreado. Rojas iba a formar parte de nuestro grupo, así que fuimos a casa de su hermano, el marqués de Villanueva, para recogerlo. Es una de las personas más bondadosas y amistosas que existen, y no habría ido sin él por nada del mundo; aunque en general aborrezco andar dando vueltas por una ciudad en busca de alguien, por más sublime que sea su alma.

Eran más de las ocho cuando salimos de las puertas de Madrid, y fuimos a todo galope por una avenida a orillas del Manzanares, que nos llevó hasta la Casa de Campo, uno de los palacios del rey, envuelto en bosques y matorrales. Continuamos un par de millas junto al muro de este recinto, y dejando la Zarzuela, otra villa real rodeada de colinas cubiertas de arbustos, a la derecha, atravesamos tres o cuatro leguas de un país agreste y desnudo y, tras ascender varias elevaciones considerables, el sol se abrió paso, las nubes se dispersaron parcialmente, y descubrimos los edificios blancos de este célebre monasterio, con su cúpula y torres recortándose sobre el fondo imponente de una montaña alta e irregular.

Estábamos ya a una legua de distancia: el paisaje tenía mejor aspecto que cerca de Madrid. A ambos lados del camino, que es de una noble anchura y está perfectamente pavimentado, se extendían amplios parques de césped salpicados de fragmentos de roca y restos de robles y fresnos. Numerosas manadas de ciervos permanecían inmóviles, levantando tranquilamente sus hocicos inocentes y mirándonos de frente con sus bellos ojos, seguros de no ser molestados, pues el rey no permite que se dispare un arma dentro de estos recintos.

El Escorial, aunque está dominado por montañas melancólicas, se encuentra en una elevación considerable, cuya cuesta tardamos media hora en subir, ya que las lluvias recientes habían dejado ese tramo del camino en un estado deplorable. Hay algo profundamente imponente en la fachada de este convento real, que, como el palacio de Persépolis, está ensombrecido por la montaña contigua; y no atravesé el claustro abovedado que conduce al patio frente a la iglesia, sólido como si estuviera esculpido en la roca, sin experimentar una especie de escalofrío, al que sin duda contribuyó el vivo recuerdo de los días oscuros y sangrientos del esposo de nuestra lúgubre reina María.

Como el sol volvió a cubrirse, los pórticos de la iglesia, coronados por estatuas severas, se veían tan oscuros y cavernosos, que pensé que estaba a punto de entrar en un templo subterráneo reservado a algún culto misterioso y terrible. Y cuando vi el altar mayor, con todo su esplendor de escalones de jaspe, hileras de columnas una sobre otra y pinturas llenando cada hueco, me sentí completamente sobrecogido.

Los laterales del nicho donde se alza esta imponente estructura están formados por altas capillas, ocupadas casi por completo por catafalcos de bronce dorado y esmaltado. Allí, con sus coronas y cetros humildemente postrados a sus pies, descubiertos y sin casco, se arrodillan las figuras, de tamaño natural, del emperador Carlos Quinto y Felipe II, su arrogante hijo, acompañados por sus desdichadas consortes e hijos malogrados. Mis sensaciones de temor y tristeza no disminuyeron al encontrarme solo en tan singular compañía; pues Rojas me había dejado para entregar unas cartas a su reverencia el prior, que debían abrirnos todas las puertas de este terrorífico edificio, que es a la vez templo, palacio, convento y tumba.

Al poco regresó mi amable amigo, acompañado de un monje alto y anciano, de rostro ceniciento y expresión severa, con ojos saltones cuya mirada era lo más alejado posible de cualquier cordialidad. Este era el mistagogo del lugar, el prior en persona, representante de San Jerónimo en lo que respecta a este monasterio y sus dominios, y un disciplinario de célebre rigor. Comenzó examinándome de arriba abajo y, tras lo que consideré un escrutinio algo extraño, me preguntó en un español claro qué deseaba ver en particular. Luego, volviéndose hacia Rojas, dijo lo suficientemente alto para que yo lo oyera: «Es muy joven; ¿entiende lo que le digo? Pero como tengo la orden perentoria de enseñarle el lugar, supongo que tendré que hacerlo, aunque no estoy nada acostumbrado a explicar nuestras curiosidades. Pero en fin, si hay que hacerlo, que sea ya; comencemos y no perdamos tiempo, ya sabes que no me sobra, y tengo bastante que hacer en el coro y en el convento».

Tras este exordio poco amable, comenzamos nuestro recorrido. Primero visitamos algunos aposentos con techos abovedados, pintados en el mejor estilo arabesco del siglo XVI; y luego una vasta sala que había servido para celebrar misa mientras se construía la gran iglesia, donde vi *La Perla* en toda su pureza, la obra más delicadamente acabada de Rafael; *El pez*, con su ángel divino, el niño lleno de gracia y el joven Tobías, piadoso y de una sencillez conmovedora. Luego mi atención fue atraída por la más profundamente patética de las pinturas: *Jacob llorando sobre la túnica ensangrentada de su hijo*; la más alta prueba existente del extraordinario poder de Velázquez en la más noble de las artes.

Estas tres pinturas absorbieron tanto mi admiración, que me quedó poco para un sinnúmero de obras gloriosas de Tiziano y otros grandes maestros, que cubren las sólidas paredes de estas salas conventuales con un paraíso de colores vibrantes; así que pasé por allí casi tan rápido como lo deseaba nuestro malhumorado cicerone, siguiéndolo por varias escaleras y muchos pasajes y vestíbulos abovedados, todos del más severo estilo dórico, hasta llegar al coro, situado sobre la gran entrada occidental, justo enfrente, a más de sesenta metros, del altar mayor y sus solemnes compañías. Ninguna cámara real que haya visto puede compararse, en majestuosa sobriedad, a esta estancia, que parece más pertenecer a un palacio que a una iglesia. Las series de sitiales, diseñadas con un gusto más sobrio de lo común en el siglo XVI, están talladas en las maderas más preciosas traídas de las Indias. Al fondo de esta perspectiva de asientos color ónix, columnas y doseles, se alza, suspendida sobre un paño de terciopelo negro,

aquella venerada imagen del Salvador crucificado, esculpida en el marfil más puro, que Cellini parece haber creado en momentos de arrobamiento devoto. Es, con mucho, su obra más destacada; su *Perseo* de Florencia parece insulso y laborioso en comparación.

En un largo y estrecho corredor que corre tras los sitiales, revestido como un gabinete con incrustaciones, me mostraron un pequeño y hermoso órgano, en una caja de plata finamente cincelada, que acompañó a Carlos V en su expedición a África, y que sin duda le alivió con dulzura las cargas del imperio, pues según la tradición, solía tocarlo casi todas las noches. Que aún vale la pena tocarlo, puedo asegurarlo, pues nunca he pulsado un instrumento con un tono más delicioso; y lo toqué, aunque mi austero guía, el prior de rostro agrio, puso una expresión aún más severa en la ocasión.

Los sitiales que acabo de mencionar están mucho menos ornamentados que los que he visto en Pavía y otros monasterios; el techo de este noble coro despliega la más rica exuberancia decorativa: el espectáculo más espléndido, el cielo y todas las potencias celestiales. La imaginación difícilmente puede concebir la pompa y la prodigalidad de pincel con que Luca Giordano ha tratado este tema, llenando cada rincón del vasto espacio con formas tan bien logradas que parecen surgir de las nubes resplandecientes que las rodean. «¿No es magnífico?», dijo el monje; «en su país no tienen nada parecido. Y ahora, por favor, avancemos, que el día se está yendo, y les quedará poco tiempo para examinar nuestras inestimables reliquias y los relicarios enjoyados que las contienen».

Bajamos del coro, no sabría decir adónde exactamente, tal es la extensión y complejidad de este colosal edificio. Pasamos, creo, por algunas de las capillas laterales de la gran iglesia, hasta varios patios, uno en particular, con una fuente bajo una cúpula en el centro, rodeado de arcadas dóricas que no tienen nada que envidiar a la cortesía arquitectónica de Palladio en el convento de San Giorgio Maggiore.

Carta XI

Mi señor el prior, poco inclinado a una inspección prolongada, me hizo abandonar a regañadientes este hermoso patio y me condujo a una galería baja, techada y revestida de cedro, forrada a ambos lados por hileras de pequeñas puertas de maderas brasileñas de distintos colores, que en apariencia, al menos, parecían tan sólidas como el mármol. Cuatro sacristanes y otros tantos legos, con grandes hachones encendidos de cera amarilla en las manos —y que, dicho sea de paso, no se apartaron de nosotros el resto del recorrido—, permanecían en silencio absoluto, listos para abrir aquellas misteriosas entradas.

La primera que abrieron reveló un aparador, o credencia, de tres pisos, dispuesto con muchas hileras de calaveras sonrientes, tan bonitas como el oro y los diamantes podían hacerlas; la segunda, toda posible e imposible variedad de fragmentos recolectados de los cuerpos de mártires; la tercera, enormes armarios de ébano, cuyos secretos supliqué, por piedad, no se me revelaran para mi entretenimiento, pues comenzaba ya a estar sinceramente agotado de tanto espectáculo. Pero cuando mis guías abrieron la cuarta puerta misteriosa, retrocedí de inmediato, casi mareado por un perfume de almizcle y ámbar gris.

Se me descubrió entonces una bóveda espaciosa, un solo arco noble, ricamente panelado: si el suelo de esta cámara de aspecto tan extraño hubiera estado cubierto de azafrán, habría pensado que me habían transportado al

establo prohibido del corcel encantado del que se habla en el cuento de los Tres Calendarios.[21]

El prior, que no se complacía fácilmente, parecía sospechar que la seriedad de mi semblante no era del todo ortodoxa; le oí decirle a Rojas: «¿Le muestro la pluma del Ángel? Sabes que no exhibimos esta nuestra más valiosa e incomparable reliquia a todo el mundo, ni salvo en ocasiones especiales»; «la ocasión lo es suficientemente», respondió mi buen amigo; «las cartas que traje son tu garantía, y te ruego reverencia que nos permitas ver ese don del cielo, que yo tengo gran deseo de adorar y venerar».

El prior salió con paso solemne y, extrayendo de un gabinete notablemente grande una bandeja deslizante igualmente espaciosa —origen, sospecho, del potente olor que me había aquejado—, mostró extendida sobre un colchón de seda acolchada la más gloriosa muestra de plumaje que jamás haya sido vista en regiones terrenales: una pluma del ala del arcángel Gabriel, de al menos un metro de largo, y de un tono rosado más suave y delicado que el de la más bella rosa. Sentí un gran deseo de preguntar en qué momento exacto se había dejado caer semejante tesoro, si desde el aire, en terreno abierto, o dentro de la humilde vivienda de Nazaret, pero reprimí toda pregunta de índole indiscreta: el por qué y para qué, el cuándo y el cómo, a

[21] Uno de los cuentos más famosos incluidos en *Las mil y una noches*, la colección de relatos tradicionales del Medio Oriente recopilados durante la Edad Media. Aquí alude a una de las muchas escenas fantásticas, donde se describe un lugar de belleza mágica y prohibida, similar al ambiente deslumbrante y casi irreal donde se guarda la pluma del arcángel Gabriel.

quién y con qué fin se había concedido semejante manifestación palpable de belleza y alado carácter arcangélico.

Todos nos arrodillamos en silencio, y cuando nos levantamos tras haber vuelto a guardar la santa pluma en su escondite perfumado, me pareció que el prior me miraba con doble suspicacia, y dejó escapar una especie de gruñido bastante hosco; su malhumor no se disipó cuando pedí ser conducido a la biblioteca. «Es demasiado tarde para que veas los libros preciosos y las miniaturas a la luz del día», respondió el viejo monje, de mal talante, «y no querrás que corra el riesgo de que les caiga cera encima. No, no, será en otra ocasión, cuando vengas más temprano. Por ahora, visitemos el sepulcro de los reyes católicos; allí nuestras antorchas serán útiles sin causar daño».

Nos condujo por un laberinto de claustros, tan sombríos como la tumba, hasta que, ordenando abrir una puerta enrejada, la luz de nuestras antorchas iluminó una escalera de mármol bellísima, pulida como un espejo, que descendía entre muros de los jaspes más raros hasta un portal no muy grande, pero embellecido con balaustres de rico bronce, arquitrabes esculpidos y tabletas de inscripciones, todo en un estilo de gran magnificencia. Mientras bajaba las escaleras, un sonido de murmullos, como de un arroyo, llegó a mis oídos y pregunté el significado. «Significa», respondió el monje, «que la cueva sepulcral a la izquierda de las escaleras, donde reposan los cuerpos de muchas de nuestras reinas e infantas, está correctamente ventilada; el agua corriente es excelente para ese propósito». Continué, no adormecido por estos murmullos, sino sobrecogido al reflexionar por qué recintos fluye este río de la muerte.

Al llegar al pie de la escalera, atravesamos el portal antes mencionado y entramos en un salón circular, de no más de once metros de diámetro, caracterizado por una elegancia extrema, no por austera solemnidad. Los sarcófagos reales, ricos en adornos dorados, dispuestos unos sobre otros, formaban paneles de gran belleza decorativa; el resplandor del bronce exquisitamente esculpido, el pavimento de alabastro jaspeado; en suma, esta cúpula graciosa, cubierta de volutas de un follaje delicadísimo, se asemejaba, a los ojos de mi imaginación, más a un *boudoir* subterráneo preparado por algún joven mago galante para recibir a una princesa encantada y encantadora, que a un templo consagrado al rey de los terrores.

El rostro de mi guía se iba alargando cada minuto, y se parecía cada vez más al del soberano mencionado, por lo que susurré a Rojas que ya era hora de marcharnos; cosa que hicimos de inmediato tras manifestar mi deseo, para no poca satisfacción, estoy plenamente convencido, de mi señor el prior.

Helados y hambrientos, pues no se nos había ofrecido ni un bocado, nos dirigimos a una cálida y opulenta vivienda perteneciente a uno de los amigos más íntimos de mi amable acompañante, un muy favorecido servidor de Su Majestad Católica, donde fuimos recibidos con los brazos abiertos y una generosa hospitalidad; y ya había caído la noche por completo antes de que abandonáramos ese refugio tan cómodo contra los vientos helados que soplan casi perpetuamente el Escorial, y regresáramos a Madrid.

Carta XII

Las mulas galopaban de regreso a un ritmo tan rápido, y sus conductores gritaban y vociferaban con tanto entusiasmo para animarlas, que la mitad de mis recuerdos del Escorial se esfumaron de mi cabeza antes de llegar a mis antiguos aposentos en la Cruz de Malta. Había olvidado por completo, entre otras cosas, que en realidad había aceptado una invitación muy insistente para un concierto y baile en casa de Pacheco esa misma noche.

Pacheco es un viejo portugués, inmensamente rico, que había sido enormemente favorecido en sus años mozos por su augusta compatriota, la reina Bárbara, esposa de Fernando VI y mecenas de Farinelli. Es tío de *madame* Arriaga, la más fiel y favorita asistente de Su Majestad Fidelísima, y una persona tan venerada, que cortesanos, ministros y prelados se sienten demasiado felices de congregarse en su casa siempre que a él se le antoja darles esa oportunidad.

Aunque me había quedado medio petrificado por mi gélido paseo por el Escorial, bajo los aún más helados auspicios del prior, me quedaba suficiente vida como para obedecer con rapidez la convocatoria de Pacheco; y como esperaba bailar mucho, me puse mi traje de baile, el de un *majo*, con lazos, adornos, botones, redecilla y todo. Debo confesar, sin embargo, que me sentí algo avergonzado y decepcionado al entrar en la larga y pomposa galería de Pacheco y encontrarme en medio de personas diplomáticas y ministeriales reunidas en una gala muy seria para honrar a Achmet Vassif, cuyos músicos estaban sentados

en la alfombra aullando una lastimosa tonada, compuesta, según me informó el intérprete armenio, por uno de los más apasionados y enamoradizos aficionados del Oriente; ninguna melodía que haya escuchado jamás fue tan lúgubre, ni siquiera la de un perro aullándole a la luna, o los búhos quejándose a ella.

No pude evitar decirle al embajador, sin el más mínimo rodeo, que su gente del *tabor* y la *flauta* que escuché el otro día acompañando a un salterio eran mucho más dignos de alabanza que sus intérpretes vocales; pero esta verdad, como la mayoría, no fue del todo bien recibida; y temo que mi reputación como conocedor musical quedó completamente arruinada a los ojos de su excelencia, pues me miró con cierta frialdad. Lo que más me sorprendió, al final, fue la paciencia con la que toda la asamblea escuchó durante tres cuartos de hora esos lamentos lánguidos.

Entre los asistentes, ninguno soportó esa severa tortura con mayor grado de resignación evangélica que el Gran Inquisidor y el arzobispo de Toledo; ambos prelados no solo tienen un aspecto, sino también un carácter benevolente, que promete una tregua al fuego y al barril de brea;[22] la expresión del rostro del arzobispo, en particular, es amablemente dulce y agradable. Se acercó a mí sin la menor reserva ni formalidad, y tomándome de la mano, dijo con una sonrisa alegre: «Veo que estás preparado para bailar y has adoptado nuestra moda; todos deseamos juzgar si un inglés puede, como he oído, entrar en el espí-

---

[22] El autor sugiere con ironía que estos eclesiásticos son tan amables que parecen haber dejado atrás los haces de leña y los barriles de brea que se usaban para alimentar las hogueras en las ejecuciones por herejía.

ritu extravagante de nuestras danzas nacionales. Hablaré con Pacheco y le pediré que haga una distracción a tu favor, alejando a estos músicos lúgubres al *rinfresco* preparado para ellos». Y así lo hizo, y se acabó el concierto, para mi infinita alegría y el no menor deleite de las *villa mayors* y *sabbatinis*, con quienes, sin demora alguna, me lancé a un *bolero*.

Bajaron todos los músicos españoles de su orquesta formal, felices de escapar de sus ataduras; y se marcharon los extranjeros mediocres, tomando furiosas pizcas de rapé con expresiones inequívocas de enojo e indignación. Pronto se formó un círculo, se pusieron a sonar de inmediato una multitud de guitarras, y jamás había escuchado tales modulaciones tan salvajes, extravagantes y apasionadas.

Boccherini,[23] que dirigía y presidía los conciertos de la duquesa de Osuna y había sido prestado a Pacheco como favor especial, presenció estas desviaciones originales de toda norma musical con el mayor desprecio y consternación. Me dijo en un susurro bastante audible: «Si bailas y ellos tocan de esta manera ridícula, jamás podré introducir aquí un estilo decente en nuestro mundo musical, cosa que creí estaba a punto de lograr. ¿Qué te posee? ¿Es el diablo? ¿Quién supondría que un ser razonable, un inglés alentaría a estos bárbaros empedernidos en tales ab-

---

[23] El italiano Luigi Boccherini (1743–1805), en 1770 fue nombrado violonchelista y compositor de la capilla real del infante Luis Antonio de Borbón, hermano de Carlos III. Compuso numerosas obras de música de cámara. Tras la muerte del infante continuó su carrera bajo el patrocinio de figuras como la duquesa de Osuna. Una de sus composiciones más emblemáticas es *Música nocturna de las calles de Madrid*.

surdidades por encima de todos? ¡Eso ha sido un chillido cromático! ¡Ese, un pasaje! Hemos oído hablar de robar el tiempo; esto es asesinarlo. ¿Otra vez? Esto es peor que un hipo convulsivo o el último estertor en la garganta de un malhechor moribundo. Prefiero los aullidos turcos; no son tan intrusivos ni descarados».

Dicho esto, se alejó con un paso semi-serio, y nosotros seguimos bailando con redoblada alegría y entusiasmo. Cuanto más rápido nos movíamos, más intrépidamente golpeábamos con los pies, más sonoramente chasqueábamos los dedos, mejor parecía reconciliarse conmigo el sublime *effendi*. Olvidó mis críticas a sus intérpretes vocales: se levantó de su cómodo cojín, asintió con la cabeza con turbante, y expresó su deleite no solo con palabras y gestos, sino con una especie de carcajada oriental muy cómoda. En cuanto al resto de los presentes, al menos los españoles, estaban tan animados, que no menos de veinte voces acompañaban el bolero con sus letras apropiadas a todo pulmón, con un entusiasmo tan ardiente que mis encantadoras parejas y yo nos inspiramos con tanta energía que superamos todas nuestras danzas anteriores.

Un viejo aficionado al fandango de gran notoriedad, exclamó«¿Es posible que un hijo del frío norte haya aprendido todos nuestros arrebatados movimientos y zapateos?». «Los franceses nunca pudieron, o más bien nunca quisieron», observó un tal Monsieur Gaudin, secretario del duque de la V---, que estaba allí parado, completamente asombrado.

¿Quién persigue con tanto fervor como los renegados? ¿Quién es más virulento contra su antigua fe que un converso reciente? Este era en parte mi caso; aunque mi edu-

cación musical y de baile había sido estrictamente ortodoxa, según los preceptos de Mozart y Sacchini, de [Gaetano] Vestris y [Pierre] Gardel, proclamé en voz alta que no había música como la española, ni danza como la española, ni salvación en ningún arte fuera del ámbito español, y que, comparado con esas melodías arrebatadoras y esos movimientos inspirados, el resto de Europa solo ofrecía ejemplos de monotonía e insipidez. No concedía a mis antiguos maestros ni un ápice de mérito; y en el mismo momento en que cometía errores garrafales de danza en cada paso, zapateando y piafando como un caballo medio domado en un picadero, me sentía y me mostraba tan convencido de la verdad de mis descaradas afirmaciones como el mayor fanático de sus propias necedades en alguna superstición nueva y no probada. El éxito, fundado o no, lo es todo en este mundo. Bien sabemos el triste destino del mérito. Sospecho más que firmemente que apenas merecíamos una pizca de aplauso; sin embargo, los transportes que provocamos fueron tan fervorosos como los que despertaba el famoso *Le Pique* en Nápoles en el apogeo de su popularidad.[24]

Los ministros británico y estadounidense, que estuvieron observando todo el tiempo, disfrutaron con este divertido ejemplo del fanatismo español en su versión profana, con todo el gusto de observadores inteligentes y agudos. Pisani, el embajador veneciano, se inclinó decididamente por el lado del sur. Estaba atado, en cuerpo y alma, por una variedad de lazos de seda al interés español, y casi ha-

[24] Jean-Baptiste Pitrot, llamado también Pitrot le Piqué (1729–1809), un sobrenombre asociado a su estilo de danza, caracterizado por los pasos saltados y ágiles, en francés, *piqué*.

bía olvidado las fascinaciones de Venecia por las de Andalucía. En consecuencia, votó a mi favor. No así la duquesa de Osuna, patrona de Boccherini. Me dijo sin rodeos: «Estás haciendo el mayor ridículo que jamás haya visto; y en cuanto a esas escandalosas autodidactas, tus parejas, te diré algo: apenas son dignas de figurar en el tercer rango de un teatro de segunda categoría. Ven conmigo, y te presentaré a mi madre, la condesa de Benevente, que ofrece un tipo muy diferente de educación a las encantadoras jóvenes que admite en su corte».

Había oído hablar de esta corte y sus delicias, y al mismo tiempo me habían informado de que su trono era una mesa de *faro*,[25] a la que los iniciados estaban obligados a contribuir religiosamente. La soberana, la vieja Benevente, es la arpía más resuelta de su especie en Europa: de la más alta cuna, la mayor influencia, y principal dispensadora, por vieja costumbre y antiguos amores, de las buenas gracias de Floridablanca.

A pesar de las severas leyes contra las sociedades de juego, rigurosamente aplicadas en Madrid; a pesar de la moral del primer ministro, y la aún más elevada de su real señor, los deslices de esta gran dama son observados con la mayor complacencia. Se le permite no solo establecer bajo su propio techo principesco un refugio para los desamparados, en el estilo más delicado del refinamiento español, con el amable propósito de encantar a todos los suficientemente afortunados como para merecer la entrada a sus fiestas con los encantos y languideces que los ojos

[25] El faro era un juego de cartas muy popular en los siglos XVIII y XIX, rápido y sencillo, donde los jugadores apuestan a qué carta del mazo aparecerá a continuación.

más seductores de Sevilla y Cádiz puedan lanzarles; sino que, tan seguro como llega la medianoche, y Floridablanca (que nunca falla en rendirle homenaje cada noche) se despide, tan seguro aparece un grupo confidencial de *illuminati*, socios infatigables en la línea del juego, cargados con cofres bien surtidos.

Entonces empieza la verdadera lucha del juego, la esperanza y el miedo en todas sus alternancias intensas y palpitantes; pero, a decir verdad, yo estaba tan completamente exhausto y desgastado que no participé ni de lo uno ni de lo otro, y fui demasiado feliz, tras perder casi sin darme cuenta unas cuantas *doblas*, de que se me permitiera retirar; la vieja Benevente gritándome con el graznido de un buitre que huele su presa desde lejos: «¡*Cavallero Inglez, a mañana a la misma hora*!».

Carta XIII

Lunes, 24 de diciembre de 1787.

Si no cambio mi estilo de vida, padeceré melancolía por falta de ejercicio, como mi amigo Achmet Vassif. Esta mañana sólo di un paseo sin ganas por el Prado y regresé temprano a cenar, con una provisión muy escasa de aire fresco en los pulmones. Rojas me apuraba para que comiera sin apetito con tal de que pudiera ver el palacio a la luz del día, y así nos dirigimos allí; por suerte era una tarde brillante y rojiza, el sol doraba un gran desorden de nubes montañosas salpicando con efectos poderosos de luz y sombra la vasta extensión de campo entre Madrid y el Escorial.

No puedo alabar con mucho entusiasmo la fachada del palacio. En el centro del edificio se alza una especie de torrecilla caprichosa, con campanas doradas, el adorno más vil que podría haberse imaginado. El patio interior es de una arquitectura pura y clásica, y la gran escalera, tan espaciosa y bien concebida que uno llega casi imperceptiblemente al portal de la sala de la guardia. Cada marco de puerta y nicho de ventana de este magnífico edificio brilla con los mármoles más ricos y pulidos: el inmenso y fortificado grosor de las paredes, y los cristales dobles del vidrio más fuerte, excluyen las ráfagas heladas que recorren casi sin interrupción las vastas llanuras de Castilla, y conservan una temperatura admirable en toda la extensión de estos aposentos reales, cuya grandeza, y al mismo tiempo comodidad, no pueden ser superadas.

El rey, el príncipe de Asturias y la mayor parte de sus acompañantes estaban ausentes cazando en el parque del Escorial; pero los reposteros, o tiradores de cortinas del palacio, habían recibido órdenes especiales para admitirme y gocé de total libertad para deambular sin restricciones ni molestias. Rojas me dejó para unirse a un alegre grupo de la guardia real en los aposentos de Masserano, y permanecí en total soledad, rodeado por las puras e inmaculadas obras de los grandes pintores italianos, españoles y flamencos, frescas como las flores de un parterre en la madrugada, y muchas de ellas igualmente hermosas en cuanto a colores.

Al no haber ninguna puerta cerrada, penetré desde la sala del trono hasta el dormitorio del viejo rey, que, a diferencia del de la mayoría de sus súbditos, se distingue por su extrema pulcritud. Reposaba sobre su reclinatorio, un libro de oraciones piadosas, con grabados de artistas españoles que contenía, entre otras plegarias en distintos idiomas, una adaptada al uso exclusivo de la majestad —*Regi solo proprius*—, y en la cabecera de la cama, ricamente doselada pero sin cortinas, noté con gran placer una tablilla esmaltada de Mengs, que representaba al Niño Salvador apareciéndose a San Antonio de Padua.

En esta habitación, como en todas las demás por las que pasé, sin excepción, había jaulas de alambre dorado, de distintas formas y tamaños, y en cada una un curioso pájaro exótico en pleno canto, cada uno tratando de superar a su vecino. Mezclados con estos trinos se escuchaban a intervalos el suave tañido de relojes musicales, deslizándose al oído como los tonos de copas armónicas. Ningún otro sonido rompía en lo más mínimo la quietud general,

salvo, quizás, los pasos casi inaudibles de varios ancianos sirvientes, vestidos con trajes de corte del estilo y moda prevalentes en los días de la madre del rey, Isabel de Farnesio, deslizándose calladamente para abrir las jaulas y ofrecer a sus ocupantes esos manjares que los pájaros bien educados aprenden a saborear. Hubo mucho aleteo y agachamiento como consecuencia de estas atenciones, y mucho frotar de picos y rascar barrotes por mi parte, así como por parte de los sonrientes caballeros ancianos.

Una vez concluida con mucho cariño la ceremonia de mimar a estos emplumados favoritos, aproveché la luz reflejada del claro atardecer para examinar los cuadros, de temática principalmente religiosa, que decoraban como tapices estos majestuosos aposentos; en particular, la *Madonna del Spasimo*, esa vívida representación de la agonía maternal de la Virgen bendita cuando su divino hijo, desfalleciendo bajo el peso de la cruz, se acercaba al monte del tormento para completar el tremendo misterio de la redención. Rafael nunca alcanzó en ninguna otra de sus obras tal profundidad solemne de color, tal majestad de carácter, como en este triunfo de su arte. «Nunca hubo dolor como el dolor» que él ha representado en el rostro y actitud de la Virgen; nunca se transmitió de forma más conmovedora la expresión de una calma sublime y divina en medio del sufrimiento agudo que en el rostro de Cristo.

Me quedé inmóvil contemplando esta santa visión, porque casi llegué a imaginarla como tal, hasta que las sombras de la noche invadieron cada rincón de estos vastos aposentos; aún así, seguía contemplando intensamente la pintura. Sabía que era hora de marcharme, pero seguía mirando. Sabía que Rojas llevaba tiempo esperándome en

los aposentos de Masserano, pero no podía apartarme; la Virgen Madre con sus brazos extendidos seguía persiguiéndome. El canto de los pájaros había cesado, así como el suave diapasón de los órganos automáticos; todo estaba en silencio, todo en calma. Me retiré al fin con la lánguida renuencia de un entusiasta agotado por la intensidad de sus emociones y reacio a despertarse del seno de gratas ilusiones.

Justo al llegar al portal de la gran escalera, ¿a quién había de encontrar sino a Noronha, avanzando hacia mí con prisa? «¿A dónde vas tan rápido?» me dijo, «¿y dónde has estado tanto tiempo? He estado mandando a buscarte varias veces sin éxito; debes venir conmigo inmediatamente ante la infanta y Don Gabriel, quieren hacerte mil preguntas sobre Ajuda;[26] supongo que las cartas que les trajiste de Marialva y especialmente del arzobispo han despertado ese deseo; y como sabes, los deseos reales han de ser satisfechos con prontitud; debes besarles las manos esta misma noche. Seré tu introductor». «¿Cómo?» dije yo, «¿con esta vestimenta tan informal?». «Sí», dijo el embajador, «he oído que no eres precisamente un modelo de corrección en estos asuntos». Yo hubiese querido serlo en esta ocasión, pero en ese momento no estaba ni exterior ni interiormente en condiciones para presentaciones cortesanas. No pensaba en otra cosa que en pájaros y cuadros, y habría preferido mil veces ser presentado a una cacatúa antes que al mayor monarca de la cristiandad.

---

[26] El palacio real de Ajuda, en Lisboa, construido después del terremoto de 1755 que destruyó buena parte de Lisboa y la residencia real de Ribeira.

Sin embargo, puse la mejor cara posible, y fuimos juntos muy tranquilamente hacia la parte del palacio asignada a Don Gabriel y su radiante esposa. Las puertas de una antesala abovedada se abrieron de par en par, y tras atravesar una fila de salones poblados de damas de honor y pajes (algunos casi niños), entramos en una sala alta tapizada de satén blanco, formada en compartimentos con bordados ricos de oro y colores, e iluminada por una araña de cristal de roca. En el extremo más alejado del aposento, se encontraba el infante Don Gabriel, apoyado en una mesa cubierta de terciopelo, sobre la cual observé un estuche con grandes medallas doradas de estilo antiguo que estaba contemplando: la infanta estaba sentada cerca. Se levantó muy amablemente para ofrecerme una hermosa mano, que besé con sincero fervor: su rostro es muy agradable; tiene el mismo cutis sonrosado, facciones atractivas y sonrisa abierta y estimulante que distingue a su hermano, el príncipe de Brasil.

«Ah», dijo su alteza real con gran entusiasmo, «entonces has visto recientemente a mi querida madre, y quizás paseaste por el jardincito que tanto me gustaba; ¿notaste las flores tan bellas que crecen allí? especialmente el clavel azul; no tenemos flores así en Madrid; este clima no es como el de Portugal, ni nuestras vistas tan agradables; echo de menos el azul del Tajo, y vuestros barcos navegando constantemente por él; pero cuando escribas a tu amigo Marialva y al arzobispo, diles que poseo lo que ningún otro paisaje en la tierra puede igualar: las sonrisas de un esposo adorado».

El infante se acercó entonces hacia mí con una mirada de cortés benevolencia que me recordó mucho a los Bor-

bones, y no pude notar en su trato franco y amable ni el menor rastro de altivez austríaca ni de rigidez española. Tras preguntar, con cierta gracia, cómo les iba al duque de Alafoens y a los académicos portugueses en su camino hacia el templo de la fama, me preguntó si nuestras universidades seguían siendo morada preferida del saber clásico, y si los libros que imprimían eran tan correctos y elegantes como en los días de los Estuardo; añadió que en su colección privada tenía algunos ejemplares que habían pertenecido al célebre conde de Oxford. Esta era una oportunidad demasiado buena para no alabar su célebre traducción de Salustio, así que expresé todo lo que él podría haber deseado oír sobre el tema.[27] «Muy amable», observó su alteza real; «pero, para decirte la verdad, fue un trabajo duro para mí. Lo empecé, seguí adelante, y perdí muchos días de ejercicio saludable en nuestros parques y bosques: sin embargo, tal como está, cumplí mi tarea sin ayuda alguna, aunque quizá hayas oído lo contrario».

Ahora fue el turno de Noronha de empezar a elogiar, lo que hizo con toda la melifluidad cortesana de un embajador de familia acreditada: si el infante creyó o no todas esas lindezas, no lo sabría decir, pero se mostró aún más amable y afable que al comienzo. La infanta volvió una y otra vez al tema de Ajuda, y parecía tan visiblemente emocionada que despertó todas mis simpatías; porque yo también había dejado en las orillas del Tajo a personas por quienes sentía un afecto tierno e imborrable. Mientras hacíamos nuestras reverencias de despedida, vi lágrimas

---

[27] *La conjuración de Catilina y la guerra de Jugurta por Cayo Salustio Crispo*, Madrid, 1772. Traducción del infante Gabriel de Borbón revisada por el humanista Francisco Pérez Bayer, su preceptor.

asomando en sus ojos, mientras seguía saludándonos con la mano con gracia para desearnos una feliz noche.

Las impresiones que me dejó esta entrevista no fueron de tal naturaleza que me permitieran disfrutar con vivacidad de la siguiente escena a la que fui trasladado, el cuartel general de Masserano, a quien encontré inusualmente animado, rodeado de una *troupe* de alegres jóvenes oficiales, soltando los más sonoros juramentos en castellano, bebiendo copas rebosantes de champán y *valdepeñas*, y gastándose entre sí, no precisamente los más decorosos ejemplos de ingenio práctico. Rojas se mostró algo avergonzado por tan poco refinada exhibición de modales nacionales: Noronha había tenido el buen juicio de mantenerse alejado, y yo lamenté no haber hecho lo mismo.

Carta XIV

En cada esquina de la vida uno no se tropieza con un personaje verdaderamente singular; sin embargo, hoy, en casa de Noronha, me encontré con un conde sajón que responde justamente a esa descripción. Este hombre no solo está completamente impregnado del misticismo teórico de la escuela alemana, sino que se ha persuadido firmemente a sí mismo, y a cientos más, de que mantiene conversaciones con las almas de los difuntos. Aunque al abordar este tema resulta impresionantemente apasionado y extravagante, demuestra tener un juicio singular en la mayoría de los otros asuntos. Es buen geómetra, hábil químico, mineralogista de notable competencia, y ha hecho descubrimientos en el arte de fundir metales que ya se han aprovechado de manera útil. Aun así, nada logra sacarle de la cabeza, por muy reflexiva y serena que esta parezca, que pueden realizarse operaciones mágicas con efectos evidentes, y que el diablo puede ser evocado de manera completamente real.

Desde el primer momento pensé que había algo rudo y fantasmal en su apariencia, que prometía comunicaciones extrañas; tiene un aire agotado, un rostro a menudo convulsionado por espasmos dolorosos, aparentemente involuntarios, y un cráneo alto, coronado por un cabello erizado empolvado de blanco como el Cáucaso. A pesar de que en absoluto busqué su amistad, él estaba decidido a acercarse a mí y disipar, con la mayor cortesía que pudo asumir, cualquier prejuicio que su fisonomía poco común pudiera haberme inspirado. Acercando su silla a la mía,

mientras Noronha y su grupo estaban absortos jugando al voltarete, trató de captar mi atención insinuando las maravillas que están al alcance de una persona nacida bajo la sonrisa de ciertas constelaciones: no tengo duda de que se refería a mí. Al enterarse de que la fortuna me había otorgado algunos de sus dones dorados, pensó tal vez que podía fundirme con ventaja, como cualquier otro trozo de metal precioso. Fuera cual fuera su motivo, ciertamente se esmeró en ganarse mi buena opinión como si yo fuera el favorito de algún planeta, o un primo lejano, por algún matrimonio diabólico al estilo de los Plantagenet, del propio Belcebú.

Después de una larga conversación sobre diversos temas, la mayoría de tono sombrío, se me ocurrió preguntarle si había conocido a Schröffer, el más renombrado vidente de fantasmas de toda Alemania.[28] «Íntimamente», respondió; «un joven valiente, aunque no tan libre, por desgracia, de impurezas sensuales como exigía la carrera tan temible que emprendió, se lanzó al peligro sin preparación, en un momento impío... su destino fue terrible. Pasé una semana con él no hace más de seis meses antes de que desapareciera de esa forma espantosa de la que usted habrá oído hablar; fue una semana de lucha mental y

[28] Johann Georg Schröpfer (o Schröffer), (c. 1730–1774), místico, ocultista alemán que ganó notoriedad en Leipzig por sus espectáculos en los que invocaba espíritus y fantasmas ante audiencias asombradas. Sus sesiones atraían a nobles, burgueses e incluso masones, prometiendo revelaciones secretas y contactos con el más allá. Su obsesión por lo oculto lo llevó a una crisis mental, y en 1774, organizó una *ceremonia final* en un bosque cerca de Leipzig, donde se suicidó frente a un grupo de seguidores, asegurando que resucitaría.

sufrimiento, de ayunos y privaciones de diversa índole, y de visiones lo suficientemente aterradoras como para devolver la sangre de golpe al corazón. Fue en ese período que, regresando una noche oscura y tormentosa de experimentar con animales vivos, con tormentos peores que los perpetrados por el más despiadado anatomista, encontré sobre mi silla, enroscada en forma de círculo como el símbolo de la eternidad, una enorme serpiente de un color plomo mortal; no siseó ni se movió durante varios minutos: durante esa pausa, mientras permanecía pasmado mirándola de frente, una voz, más parecida al susurro de los árboles que a cualquier sonido humano, articuló ciertas palabras que he retenido y usado con gran efecto en momentos de peligro o extrema urgencia».

No olvidaré fácilmente la mirada inquisitiva y extraña que me lanzó al hacerme esta revelación aún más extraña; vio que mi curiosidad se había despertado y se halagó creyendo haber logrado en mí la impresión que buscaba; pero cuando le pregunté, con tono de despreocupada ligereza, qué pasó con la serpiente en el cojín después de que cesó la voz, sacudió sus canas algo molesto y croó con un formidable acento alemán: «No preguntes más, no preguntes más, no estás en una disposición suficientemente pura y seria en este momento como para comprender lo que podría revelarte. No preguntes más». Y por esta vez, al menos, obedecí tácitamente.

Prometiendo visitarme para continuar nuestra conversación el día u hora que yo eligiera, se deslizó tan imperceptiblemente, que si hubiera estado un poco más convencido de la posibilidad de sucesos sobrenaturales, habría creído que realmente se había desvanecido. «Bien perdi-

do», dijo Noronha, «ese hombre no me gusta nada, ni entiendo por qué Floridablanca le muestra tanta gracia». «Sospecho más bien que es un espías», observó la embajadora de Cerdeña, que formaba parte del grupo del voltarete; «y aunque adivinó correctamente la carta ganadora anoche en casa de la condesa de Benevente, estoy decidida a no volver a invitarlo a cenar en mucho tiempo».

Carta XV

Domingo, 13 de enero [1788].

Esta mañana Kauffman[29] me acompañó al Prado, donde nos encontramos con *madame* Bendicho y su fiel Expilly[30] (un famoso táctico, ya sea en la guerra o en la paz), quien me dijo que alguien que yo consideraba particularmente interesante no estaba lejos. Esta noticia me infundió tal animación, que Kauffman tuvo que dar grandes zancadas para igualar mi paso. Recorrí todo el Prado sin encontrar al objeto de mi búsqueda, y casi sin darme cuenta, me hallé en el atrio frente a la fea fachada de la iglesia de Atocha. Una marea de devotos nos llevó hasta la capilla de la

[29] Nota del autor: «Sobrino de la famosa Angélica y un pintor no despreciable». Angelica Kauffman (1741–1807), hija del pintor Joseph Johann Kauffman, y una de las pintoras más destacadas del neoclasicismo europeo. Miembro fundador de la Royal Academy of Arts (1768) junto a Reynolds y Gainsborough. Destacó por sus escenas de temas clásicos y mitológicos y retratos de la alta sociedad: pintó a nobles, intelectuales y a la propia reina Carlota de Inglaterra.

[30] Madame Bendicho, famosa curandera y adivina que operaba en Madrid, conocida por sus supuestos poderes sobrenaturales y su influencia en la corte y la alta sociedad española. Se presentaba como vidente, curandera y hechicera, ofreciendo remedios, amuletos y predicciones a cambio de dinero. Atendía a nobles, burgueses e incluso políticos, aprovechando la credulidad de la época. Se decía que predecía amores, traiciones y muertes, usando cartomancia, cristalomancia y pócimas. Al anónimo acompañante Beckford lo caracteriza por su habilidad con Antoine de Ville (1596–1656), conocido como *Expilly*, un ingeniero militar y teórico táctico francés, famoso por sus contribuciones a la ciencia del asedio y la fortificación.

Virgen, que está adornada con trofeos y exvotos, piernas, brazos y dedos de cera y yeso.

Kauffman es tres cuartas partes incrédulo, al estilo alemán, pero le aconsejé arrodillarse con algo parecido a la solemnidad castellana y aguantar una misa que no fue precisamente corta, ya que el sacerdote era anciano y muy aficionado a limpiarse y acomodarse los anteojos, un par de lentes descomunalmente grandes y brillantes que pensé jamás lograría encajar en su nariz. Casualmente nos arrodillamos bajo la sombra de unas banderas que el león británico tuvo la simplicidad de dejar escapar de sus garras durante la última guerra. Los colores del fuerte San Felipe colgaban justo sobre mi cabeza. Entre la multitud de devotos de Nuestra Señora distinguí a uno de los más alegres conocidos de los salones de baile: el joven duque de Arion, que parecía una oveja descarriada y se golpeaba el pecho con gesto lastimoso.

Terminado un cansino *Salve Regina*, volví sobre mis pasos al Prado, y por fin descubrí a la persona que más deseaba ver, rigurosamente custodiada por su madre. Las acompañé hasta su puerta y regresé a casa con paso lento y reticente, donde encontré a Infantado, que llevaba más de media hora esperándome. Con él salí a caballo por el camino de Toledo para ver un pomposo puente, o más bien un viaducto, ya que el río que cruza, incluso en esta época del año, apenas tiene caudal suficiente para hacer girar la imitación de una rueda de molino, mucho menos una verdadera.[31]

---

[31] Construido en tiempos de Carlos V por Pedro de Ribera sobre el río Manzanares, de nueve arcos y medio, fabricado en granito y sillares de piedra.

Desde allí fuimos a una villa recientemente adquirida por la duquesa de Alba, donde, según me dijeron, había vivido Rubens. Y en efecto, encontramos allí a un joven artista francés, lleno de presunción, especialista en arabescos y querubines, ocupado en calcar los últimos vestigios del gran pintor en ese lugar; reminiscencias de cuadros favoritos que Rubens había ejecutado al fresco sobre lo que parecía un rico damasco carmesí. Sí, fui testigo de esta operación vandálica, vi caer grandes fragmentos de estuco con las pinceladas de Rubens al suelo, y escuché al desgraciado que perpetraba el acto irreparable cantar: *Veillons mes sœurs, veillons encore* con un marcado acento parisino, mientras destrozaba sin piedad. Mi dulce carácter se vio tan alterado por este espectáculo que pedí excusarme de cualquier otra excursión y regresé a casa para vestirme y calmarme, mientras Infantado volvió a su palacio.

Pronto me reuní con él, ya que había sido invitado a cenar con su virtuoso y estimable padre. Gracias al cielo, la moda de la decoración afrancesada no ha alcanzado aún esa morada sobria pero principesca, que permanece en noble simplicidad castellana, con todos sus célebres cuadros intactos y sin contaminar.

Tan pronto como el viejo duque se retiró a sus devociones vespertinas, nos apresuramos a ir al baile del embajador francés, donde encontré más pecadores que santos, y nada particularmente edificante, salvo a la raza semireal de los Medinacelis bailando «con altura y decoro». Cogolhudo, el heredero de esta gran casa, es un personaje afable y activo, pero su ilustre consorte, recientemente nombrada a la importante dignidad de *Camarera Mayor,* o

encargada del vestuario, de la imagen de Nuestra Señora de la Soledad, es mucho menos amable y accesible.

Carta XVI

Domingo, 23 [1788].

Cada mañana tengo el placer de suministrar panecillos y brioches al representante del Gran Señor, horneados en casa para mi desayuno; y precisamente hoy vino él mismo en uno de los aparatosos carruajes de Estado del rey, acompañado de algunos de sus favoritos, para agradecerme por estas atenciones recién salidas del horno. Tuvimos una larga conversación sobre las maravillas de Londres, aunque él parecía convencido de que en todos los aspectos, Istambul lo superaba diez veces.

En cuanto se marchó, me dirigí a los jardines del Buen Retiro, que no contienen estatuas ni fuentes dignas de mención. Cubren una vasta extensión de terreno arenoso, donde no se logra que prospere ni vegetal ni animal alguno, salvo avestruces, una tropa de las cuales caminaba con gran ánimo, aparentemente tan en casa como en sus propios desiertos resecos.

Rojas cenó con nosotros, y por la noche fuimos juntos a casa del embajador francés, el duque de la V---. Su hija, una joven muy agraciada de unos dieciocho o diecinueve años, está casada con el príncipe de L---, un apuesto jovencito que apenas ha cumplido los quince. El embajador, un jesuita hasta el fondo del alma, es todo un experto en intrigas políticas, no un diplomático común y corriente, sino alguien que retuerce y da vueltas con maestría en los caminos del poder, mirando a su alrededor con calma y una suave indiferencia, aunque repleto de proyectos arri-

esgados y en constante ebullición secreta. No pude evitar notar su ojo observador y tranquilo: el ojo inmóvil de una serpiente escondida en una cueva. En su trato y modales es todo un modelo de elegancia bien nacida, sin el más mínimo rastro de pedantería o afectación.

Madame la *duchesse* es muy aficionada a las frases altisonantes, que no siempre reserva para las grandes ocasiones. Su hijo, el príncipe de C---, me divirtió enormemente con sus relámpagos de ingenio y alegría a costa de Madrid y sus tertulias. En general, esta familia me resulta muy simpática, y deseo sinceramente caerles tan bien como ellos me han caído a mí.

No pude quedarme con ellos tanto como hubiera querido, pues Rojas había prometido presentarme a *madame* d'Aranda, de quien tiene el inmenso placer de ser amigo devoto y *cortejo*. ¡Feliz el hombre que tiene la dicha de estar ligado por lazos tan deliciosos, aunque no del todo sagrados, a una criatura tan encantadora! Pero en general, el estado de *cortejoísmo* dista mucho de ser envidiable. Eres la víctima jurada de todos los caprichos de la dama, y no puedes moverte más allá del roce de sus faldas de seda negra ni del vaivén de su abanico sin permiso especial, el cual se concede menos frecuentemente con amabilidad que se deniega con severidad. Me imagino que ella le ha concedido muy bondadosamente permiso para enseñarme esta villa real, de lo contrario dudo que se atreviera a separarse tanto rato de su lado.

La encontramos sentada *en famille* con su hermana y dos muchachos que eran sus hermanos, alrededor de un brasero de plata en una acogedora estancia interior decorada con brillante satén de Valencia. Me mostró las más

gratas muestras de cortesía y atención, y mandó encender sus aposentos para que apreciara en su esplendor el magnífico mobiliario. La cama, de un rico terciopelo azul adornado con encajes de punto, está bellamente diseñada y ubicada en un amplio y profundo nicho rodeado por una profusión inmensa de cortinas amplias. Me sorprende que arquitectos y decoradores no aprovechen más a menudo el poder de los cortinajes. Nada produce un efecto tan grandioso y al mismo tiempo tan acogedor. En cuanto tenga ocasión, me propondré construir un tabernáculo más grande que el que dispuse en Ramalhaô, y darme el gusto de incluir toda variedad posible de pliegues e invenciones en tela.

El tocador de *madame* d'Aranda, diseñado por el escultor Moite y ejecutado por Auguste, es sin duda la obra maestra más exquisita de su tipo que jamás haya visto. ¡Pobre criatura! Tiene todas las delicias exteriores que pueden dar las pompas y vanidades del mundo, pero está casada con un hombre lo bastante mayor como para ser su abuelo, y luce tan pálida y decaída como un narciso o un lirio del valle clavado en el pecho de Abraham, respirando continuamente el aliento de ese venerable patriarca.

Tras pasar una hora encantadora en lo que me pareció una especie de tierra etérea de hadas, fuimos a una morada mucho más terrenal, la de *madame* Badaan, que tiene la amabilidad de ofrecer inmensas reuniones una o dos veces por semana en unos aposentos más bien estrechos. Esta casa pequeña pero conveniente, no es en absoluto un lugar ocioso o sin importancia para los *cortejos* fuera de servicio o en busca de nuevas aventuras. Varios de estos ilustres desocupados estaban holgazaneando por allí con

aire lánguido. Había un derroche de belleza en cada rincón de la sala, suficiente para hechizar hasta al menos inclinado a encantarse; y allí retozaban las dos pequeñas Sabatini, mitad españolas, mitad italianas, luciendo sus torneados tobillos; y estaba sentada *madame* de Villamayor en todo su esplendor, y sus hijas tan llenas de promesa; y la marquesa de Santa Cruz, con su cabello oscuro y ojos azules, en todo su esplendor. ¡Cuán encantado debía de estar mi amigo el Effendi al entrar en semejante paraíso! Cosa que no tardó en hacer, seguido por su intérprete armenio, que me cae mejor que el griego Timoni, con su mirada inquisitiva de ardilla y sus propensiones maliciosas.

El embajador me localizó casi de inmediato, y llevándome a un rincón del salón, donde se había preparado un diván bien acolchado para su solaz, me hizo sentar a su lado quisiera o no. Apenas nos habíamos acomodado, cuando un grupo de jovencitas vestidas de manera fantástica y algo desaliñada, con ojos chispeantes y cintas ondeantes, acercaron sus sillas y comenzaron a hablar una extraña *lingua franca* compuesta de tres o cuatro idiomas distintos. Debimos de formar un grupo curioso; yo declamaba y gesticulaba con todas mis fuerzas, recitando fragmentos de Hafiz y Mesihi, mientras las damitas, ninguna muy alta y sentadas en sillas bajas, alzaban sus caritas curiosas justo a la barba del solemne musulmán, cuyo porte grave contrastaba con su vivacidad atolondrada.

Madame Badaan y su esposo, las mejores personas del mundo y siempre dispuestas a brindar a sus invitados toda clase de comodidades, mandaron llamar a la orquesta más famosa de Madrid y propusieron un baile para el entretenimiento de su excelentísimo barbado. En consecuen-

cia, trece o catorce parejas comenzaron a bailar boleros y fandangos sobre una gruesa alfombra durante una o dos horas, sin descanso. En Madrid apenas hay suelos entarimados, por lo que la costumbre de bailar sobre alfombras está universalmente establecida.

Carta XVII

Martes, 1 de diciembre de 1795.

Era una mañana clara y brillante, apenas había escarcha cuando salimos de un miserable lugar llamado Villatoba, que se derrumba como casi todos los pueblos y aldeas que he visto en España. El cielo era tan transparente, tan nacarado, y los rayos del sol tan frescos y reconfortantes, que el campo parecía agradable a pesar de su extensión y aridez. Todos los árboles han sido talados, y toda posibilidad de que sean reemplazados se ve impedida por los rebaños errantes de ovejas, cabras y cerdos, que escarban, gruñen y mordisquean sin control ni molestia. Por fin, tras un viaje tedioso a través de vastas extensiones de tierra desolada, apenas una casa, apenas un arbusto, apenas un ser humano con quien encontrarse, descendimos por una pendiente pronunciada, y me encontré de nuevo en el valle de Aranjuez. Las avenidas de álamos y plátanos han crecido notablemente desde la última vez que las vi. Los plátanos en las orillas del Tajo se inclinan con respeto hacia sus aguas; están vigorosamente exuberantes, aunque solo fueron plantados hace siete años, según me informó el jardinero.

Los olmos de Carlos Quinto en el jardín-isla, cerca del palacio, se están deteriorando rápidamente. Visité los nueve tocones venerables junto a una horrible ruina de ladrillo; el más grande mide cuarenta o cincuenta pies de circunferencia; las raíces son pintorescamente fantásticas. Las fuentes, como las sombras que las rodean, se están de-

teriorando rápidamente: la Venus de bronce en la fuente que lleva el nombre de Don Juan de Austria ha perdido un brazo. A pesar de la desolación de la estación, con todo su acompañamiento de hojas secas y vegetación marchita, este jardín histórico aún tenía encantos; el aire era suave, y los rayos del sol jugaban sobre el Tajo, y muchas aves revoloteaban de rama en rama. Varios largos pasillos de altísimos olmos, con sus enormes troncos ásperos cubiertos de hiedra, y sus raíces grotescas avanzando y retrocediendo como una gruta en el camino, me parecieron singularmente agradables.

El palacio hace poco que ha sido terminado; las adiciones hechas por Carlos III no desentonan con el edificio original. Es una morada cómoda, aunque no magnífica; paredes gruesas, ventanas alegremente acristaladas en dos paneles, chimeneas bajas y ordenadas en muchas habitaciones; pocas huellas de los días de los Felipes; apenas muebles que indiquen una familia antigua. Predomina un estilo moderno y endeble, mitad italiano, mitad francés. Incluso los cuadros están, en cuanto a temas, conservación, originalidad y autores, tan extrañamente mezclados como en los dominios de un subastador. Esto puede explicarse por haber sido recolectados sin distinción por el actual rey cuando era príncipe de Asturias. Entre innumerables piezas sin valor, noté una Crucifixión de Mengs; no muy cargada de expresión, pero bellamente coloreada; el fondo y el cielo sombríos y amenazantes, produciendo un gran efecto de luz y sombra. El interior de una iglesia gótica, de Peter Neef, tan fino, tan claro, tan plateado en cuanto a tono, que me reconcilió (al menos por un momen-

to) con este maestro severo y rígido; las figuras, exquisitas, la conservación perfecta; sin barniz, sin retoques.

Un conjunto de doce pequeños cuadros de gabinete, tocados con admirable espíritu por Teniers, con temas de la *Jerusalén liberada*,[32] tratados con tanta familiaridad como si el pintor borracho aún estuviera copiando a sus compañeros de taberna. El palacio de Armida es una pequeña glorieta; ella misma, vestida como una señora burguesa en sus galas de fiesta, sostiene un espejo con forma de Nuremberg frente al rostro vulgar y ancho de un Rinaldo torpe. Las bellas náyades, cómodamente regordetas y muy coquetas, están desnudas, claro, pero una pila de vestidos con volantes y guardainfantes se muestra ostentosamente en la orilla del agua; cerca, una pequeña mesa cubierta con un mantel blanco y adornada con jarras de plata, pastel frío y bandejas de flanes y gelatinas. Todos estos accesorios vulgares están terminados con escrupulosa delicadeza.

Varios oratorios se abren hacia los apartamentos reales. Uno destinado a la reina está adornado con un altar muy costoso, y al mismo tiempo hermoso, rico, simple y majestuoso; ningún adorno está colocado en vano. Dos columnas corintias de un mármol púrpura y blanco bellísimo sostienen un frontón, tan pulido y moteado como cualquier ágata que haya visto; los capiteles son de bronce espléndidamente dorado, al igual que el follaje de las ménsulas que sostienen la losa del altar. El diseño, los materiales, la manufactura, todo es español, y enorgullece a la nación.

[32] La obra de Torquato Tasso (1544-1595).

El oratorio del rey es mucho más grande, y no mal diseñado; las proporciones son buenas, unos ocho por siete metros, y unos siete de alto, además de un solemne hueco para el altar. Las paredes están completamente cubiertas de pintura al fresco; santos, profetas, nubes y ángeles en gran confusión. Los lados del arco y todo el marco del retablo están profusamente y sólidamente dorados. Un zócalo de jaspe recorre la sala, y un rodapié de un metro de alto de mármol gris claro veteado de negro, parecido a las ramificaciones caprichosas de las piedras mocha, y pulido como un espejo, de tal manera que se ofrece a la vista la luminosidad dorada de pintura y mármol, todo mezclado en un solo tinte resplandeciente. El pavimento, también de diversos mármoles españoles, es una obra maestra de artesanía. Admiré particularmente el tono marfil suave del mármol blanco, pero mi guía le atribuyó poco mérito comparado con el de Italia; creo que se equivoca en esto, y desearía de corazón que lo estuviera también en muchas otras cosas.

El guía, un viejo criado gangoso del difunto rey, era bastante locuaz al hacer observaciones sobre los tiempos presentes. Una especie de piamontés en mi séquito, creo que el dueño de la fonda donde me hospedo, preguntó señalando una *manège* ahora en construcción, para quién estaba destinada, ¿para el rey o el duque de Alcudia?[33] «Para ambos, sin duda», fue la respuesta; «lo que sirve para uno, sirve para el otro». En la tribuna real, se me informó con un encogimiento de hombros, que el rey, gra-

[33] Las referencias al duque de Alcudia, o al favorito, remiten a Manuel Godoy, príncipe de la Paz, ministro de Carlos IV.

cias a Dios, seguía siendo exacto y fervoroso en sus devociones; no faltando nunca a misa un solo día, y con frecuencia dedicando bastante tiempo a la oración mental; pero que la reina era escandalosamente negligente, y rara vez aparecía en las capillas, salvo cuando cuestiones de etiqueta hacían indispensable su presencia.

La capilla, restaurada según diseños de Sabatini,[34] un viejo arquitecto italiano muy favorecido por Carlos III, tiene mérito y es notable por la distribución justa de la luz, que produce un efecto religioso solemne. Los tres altares son nobles, y sus pinturas buenas. Uno en particular, a la derecha, dedicado a San Antonio, atrajo de inmediato mi atención por la efusión de gloria en la que el niño Jesús desciende para acariciar al santo arrodillado, cuya actitud y rostro juvenil y entusiasta tienen gran expresividad. El colorido es cálido y armonioso, y el pintor es Maella.

Pregunté por una sala notable de este palacio, llamada en los planos *Salón de los Funciones*, y vulgarmente *el Coliseo*. El techo fue pintado por Mengs, y considerado una de sus obras capitales; aquí Fernando y Bárbara, los más musicales de los soberanos, solían derretirse en éxtasis con los dulces trinos de Farinelli y Egiziello, pero, ¡ay!, el escenario de sus entretenimientos, como ellos y sus cantantes, ya no existe. El verano pasado, este gran salón teatral fue dividido en una serie de habitaciones endebles y ridículas para alojar al infante de Parma. No se tuvo piedad del hermoso techo. En algunos lugares aún son visi-

[34] El arquitecto italiano Francesco Sabatini (1722–1797) fue clave en el desarrollo urbano de Madrid durante el reinado de Carlos III. Entre sus obras destacan: la puerta de Alcalá, la iglesia de San Francisco, la ampliación del palacio Real.

bles piernas y pliegues de telas; pero los obreros están martilleando y enyesando a gran ritmo, y en pocos días la cal lo cubrirá todo.

Al salir del palacio, y al observar cuán desiertos y melancólicos se veían los paseos, jardines y avenidas, me dijeron que en unas semanas todo cambiaría, pues se esperaba a la corte el 6 de enero, para quedarse seis meses, y que todo tipo de placeres seguiría a su séquito: multitud de jugadores y mujeres de moral relajada de todos los rangos, edades y descripciones. Cada barrera que Carlos III, de casta y piadosa memoria, intentó levantar contra los deseos libertinos de sus súbditos ha sido derribada en el presente reinado; reina una libertad de conducta sin límites, y los más repugnantes excesos se desbocan en estos encantadores bosques, que merecerían estar reservados para placeres elegantes y campestres.

En mis paseos pasé por un enorme edificio construido recientemente para el favorito Alcudia. La voz popular lo acusa de haberlo amueblado más lujosamente que la residencia real; pero como no entré, me limitaré a anotar que cuenta con diecinueve ventanas en la fachada, y un sencillo portal toscano con elegantes columnas de granito. Al lado hay una casa perteneciente a la duquesa de Osuna, llena de obreros, pintores y estucadores; un milanés bizco, ferozmente engreído, embadurna las paredes con todas sus fuerzas. También es arquitecto, al menos él lo afirma, y reclama el mérito, que considera enorme, de haber diseñado una especie de salón de baile, con muchos festones y candelabros de cristal de Bohemia y arabescos toscos. El suelo es de ladrillo, sobre el que se colocan gruesas esteras o alfombras cuando se baila. Esperaba que esta molesta

costumbre de golpear esteras y alfombras con los pies al son de boleros y fandangos estuviera ya pasada de moda. No hay música más inspiradora que la española; qué lástima que se nieguen la alegría de elevarse un palmo del suelo a cada paso, con la ayuda de tablas elásticas.

Junto a este tipo de salón de baile hay una especie de *boudoir* ovalado, y luego una especie de octágono, y todos son ejemplares malos de su tipo. Este condenado pintor está cubriendo el ovalado con paisajes, no tan armoniosos ni vivaces como los que aparecen en las cajas de rapé o bandejas de té de Birmingham. Tiene una preferencia terrible por los colores azules y verdes más crudos, que afectan mis ojos de manera tan desagradable como ciertos sonidos mis dientes, cuando están sensibles. Compadezco a la duquesa de Osuna, cuyo deseo generoso de fomentar las artes merece mejores artistas. En música ha sido más afortunada: Boccherini dirigía su orquesta cuando estuve por última vez en Madrid; y recuerdo con qué emoción escuchó y aplaudió a la Galli, a quien una mañana le envió un presente de las joyas más caras, amontonadas descuidadamente sobre una magnífica bandeja de plata maciza, de casi un metro de diámetro.

El día concluyó mientras vagaba por la mansión de la duquesa, sorprendido por el descuido desaliñado del mobiliario, ni un solo artículo fuera del alcance del polvo, andamios, exhalaciones de pintura, y las aún más pestilentes exhalaciones de los obreros comedores de ajo. Una apatía universal y una indiferencia total a todo parecen impregnar la entera península ibérica. Si es una virtud no perocuparse por lo que uno come o bebe, aquí se cumple el precepto evangélico. Así ocurre en Portugal y en España, y

así parece que seguirá por los siglos de los siglos; a lo cual, que el resto de Europa diga amén, porque si estos países abrieran sus ojos, se libraran de sus cadenas y se despertaran hacia la industria, pronto superarían a sus vecinos en riqueza y población.

Carta XVIII

Miercoles, 2 de diciembre de 1795.

Era casi las once cuando se disipó una espesa niebla que se había levantado desde los bosques y aguas de Aranjuez. Aproveché el sol brillante para salir a caballo y explorar los extremos de la calle de la Reina. La mayoría de los antiguos olmos que componen esta noble avenida tienen las copas muertas; muchos han perdido sus copas frondosas desde la última vez que estuve aquí, pero por todas partes surgen innumerables plantaciones de roble, olmo, álamo y plátano con todo el vigor y la exuberancia de la juventud. Lamenté ver muchas, muchísimas hectáreas de arbustos sin sentido, senderos serpenteantes y grupos de flores insignificantes invadiendo los matorrales silvestres de las orillas del Tajo.

El rey, la reina y el favorito han sido contagiados por la fiebre de lo que creen que es el progreso, y están nivelando terrenos, alisando orillas y construyendo rocallas, con pagodas y barandillas chinas. Los laburnos, sauces llorones y arbustos en flor, que tanto admiré hace siete años por su exuberancia natural, están empezando a ser podados y torturados hasta adquirir lo que el jardinero llama formas elegantes.[35] Incluso el curso del Tajo ha sido alte-

---

[35] Horace Walpole, *On Modern Gardening*, 1780; crítica al jardín francés (geométrico, artificial, racionalista) y elogia el jardín inglés, más natural, libre, imitando la naturaleza en vez de dominarla: «The garden in France was a work of art; in England, it became a work of nature».

rado, y parte de sus aguas desviadas a una ancha zanja para formar una isla; plana, pantanosa y salpicada de arbustos exóticos, y muchos venerables álamos y plátanos han sido abatidos.

Muy cerca se alza una gran mansión de ladrillo, recién construida, en el más aburrido y común estilo español, muy impropiamente llamada Casa del Labrador. No tiene nada de rural, ni siquiera un gallinero o una pocilga; pero la cocina es acogedora y cómoda, y a ella acude con frecuencia Su Majestad Católica, y cocina con sus propias manos reales, para su propio consumo real, *creadillas* (también conocidas como criadillas de cordero), tortillas de ajo y otros sabrosos guisos al estilo nacional.

Nada deleita tanto al bondadoso monarca como encontrar pretextos para descender a la vida humilde y escabullirse de la vista de su corte, su consejo y su pueblo; por eso casi ha abandonado totalmente Madrid, y en cada rincón apartado de los parques y jardines reales están surgiendo muchas construcciones caprichosas; esta última es la más fea y sin sentido de todas. Recuerdo haberme complacido con los casinos que construyó cuando era príncipe de Asturias, en el Escorial y el Pardo. Sus actuales asesores en materia de gusto son incluso peores que los que dirigen sus movimientos políticos; y los obreros que obedecen a los primeros son aún más torpes e inexpertos que los generales, almirantes e ingenieros que ejecutan los planes de los segundos.

Si tan solo dejaran Aranjuez en paz, no me importaría. La naturaleza ha prodigado sus encantos con generosidad en este valle; las colinas salvajes que lo cierran, aunque estériles, tienen formas pintorescas; el Tajo serpentea aquí

con gran osadía, flanqueado por sauces torcidos y altos álamos; a veces se pierde en matorrales casi impenetrables, a veces socava orillas empinadas, deja al descubierto rocas y forma calas y rincones irregulares; luego fluye suavemente entre vastas extensiones de arbustos bajos, álamos temblones y tamarindos; en un lugar bordeado de un césped verde delicado, en otro por lechos de menta y mil otras hierbas fragantes. Vi numerosos rebaños de ciervos brincando con plena libertad en los pastos; manadas de caballos, muchos de un suave color crema, jugueteaban bajo enormes alisos; y conté ciento ochenta vacas, de tamaño notable, en un prado verde, rumiando en paz y abundancia. En Aranjuez, la fauna parece disfrutar de todas las bendiciones de un gobierno excelente. Se cuida especialmente la cría, y no se escatiman esfuerzos ni gastos para conseguir los mejores toros de todos los rincones. Nunca he visto vacas tan bellamente moteadas, tan cómodamente lustrosas.

Si la raza de los grandes de España pudiera mantenerse con igual éxito mediante cruces juiciosos, el país no tendría que lamentar su presente generación de nobleza escuálida y deslucida. Si se les permite seguir debilitándose y acumulando tierras y enfermedades por matrimonios eternos entre miembros de la misma familia, espero verlos caminando en cuatro patas antes de que avance mucho el próximo siglo. Sin embargo, estos hombrecillos no carecen por completo de cierto espíritu altivo y resuelto; muy pocos, de hecho, han doblado la rodilla ante el Baal de la hora presente, ante la imagen que el rey ha erigido. Una corte de dependientes ávidos y hambrientos, escogidos de clases inferiores y extranjeras, forma la comitiva del du-

que de Alcudia. A pesar de sus altos títulos, su riqueza sin límites, su poder sólido y su deslumbrante magnificencia, la primera clase lo trata con desprecio silencioso e indiferencia pasiva. Leen el relato de su ilustre linaje con la misma incrédula sonrisa que los títulos y decretos que enumeran los servicios que ha prestado al Estado. Pocos casos habrá en los anales de un desprecio más constante y perseverante hacia un personaje en pleno poder, adornado con todos los distintivos que el favor real puede concebir para otorgarle crédito, valor y prestigio.

Mil reflexiones interesantes surgieron en mi mente al regresar cabalgando por los majestuosos y ahora desiertos paseos de Aranjuez. El clima comenzaba a enfriarse, y las hojas marchitas empezaban a crujir. Me alegré de refugiarme junto a un fuego encendido. El dinero, que lo consigue casi todo, no falló en procurarme las mejores ensaladas y manzanas de los jardines reales, mantequilla excelente y buena caza; así que me di un festín real, aunque sospecho que lo habría sido aún más, en el sentido más amplio de la palabra, si algún poder sobrenatural o una revolución afrancesada me hubiera conseguido al cocinero real. Me aseguran, personas en las que no sospecho halago alguno, que Su Majestad posee verdaderas dotes para esta profesión tan útil. La cómoda indolencia que se había apoderado de mí era demasiado placentera para abandonarla, y permanecí acurrucado junto al fuego toda la tarde.

Apéndice. Aprendiendo a morir.

Fragmentos del libro del presbítero Pedro Espinosa, *Espejo de cristal fino. Y antorcha que aviva el alma*, publicado por vez primera en Sevilla el año 1625. La experiencia de la muerte en la literatura religiosa barroca que espantaron al escritor de *Vathek*.



Caminando un mercader por una montaña; perdido el camino, vino a dar en una selva, donde halló a un ermitaño, consumido con la vejez, al qual preguntó en que se ocupaba en aquella soledad. Respondió el viejo: treinta años ha que estoy aquí aprendiendo a morir. [...]

Lunes. Enfermedad.

Para estimar mejor las cosas que afligen en la hora de la muerte, que son las pasadas, presentes y por venir, me pondré en aquel paso, y andaré las estaciones de mí entierro. Veisme aquí de repente salteado de la enfermedad de la muerte, quando decía entre mí: tal día haré esto y esto, como si mi vida y el tiempo fueran míos, y no de Dios, el qual, qué sé yo si tiene determinado que no dure dos horas?

En donde están los años que he vivido? Es posible que estoy desahuciado? que me destierran para siempre de es-

ta luz y de este aire común? Veo los males que cometí, y el tiempo que me fue dado para penitencia, que desprecié, no puedo huir; deseo quedarme, y échanme a empellones, pido que me dexen un poco, y no me oyen. Ninguna cosa tenia mas cierta que la muerte; ninguna más incierta que la hora. Qué ha sido de mi vida? Cómo olvidé la eterna, pues esta me dieron para merecer esotra? Amaneció el día, y llegó la hora en que me he de apartar de todo lo que amé en esta vida, y de la misma vida. Ahora que tengo la vida a las espaldas, y la muerte a los ojos, ahora me desengaño de quanto a mí me ha engañado.

Nací como flor, paséme como sombra, que es privación de luz, parece que hoy nací, y hoy dexo de ser. Nada traxe, nada llevo; solas mis obras me han dexado. O si todas hubieran sido buenas! Ahora he echado de ver, que los cuidados son olvidos de la muerte, y los pecados cebo del infierno. Muchos piensan en salud que van bien encaminados, mas a esta hora lo conocerán. Las cosas que aquí pasan, el que muere las siente, mas no se pueden decir. ¡O paso de pocos conocido, temido de todos, y de ninguno evitado! Acuérdate de él, hombre lleno de miserias, concebido en pecado, nacido de muger que vives tiempo breve, y te estás muriendo todo el tiempo que vives. Condenado estás a muerte, y no puedes apelar de esta sentencia; y si vives como bestia, no has de pagar sino como hombre.

Martes. El Cuerpo y el Alma.

Luego atenderé el otro apartamiento mas temeroso, donde se desbaratarán las amistades, y desconcertarán las armas de este relox, O Anima mía! antigua compañera mía! Ami-

ga mía! Qué? te apartas de mí? Qué? te vas? Sin ti me he de ver solo? Que será de mi si me desamparas, podrido, espantoso, indigno de los ojos de los que viven? Veré luego que mi anima derribada, llena de turbación, me dice: Quédate compañero, quédate en paz: tu quedarás hecho polvo, y vuelto a tu principio. Mas ay de mi pobre! qué sé si por breve rato eché sobre

Qué suerte me ha de caber en este juicio espantoso donde voy? Acabose el deleite! y quedó el pecado con que lo gocé. Temo al supremo más de los males, porque es eterno y sin remedio; y ya se me acerca aquel punto en que he de entrar en la eternidad. La sentencia será irrevocable, y al punto se ha de executar sin resistencia. [...] Conozco que la sentencia será, ú de grandísimo mal, ú de grandísimo bien. Mi causa es muy dudosa, sé que ofendí a Dios, y no tengo seguridad de la penitencia que hice, porque ninguno sabe si es hijo de ira, o amor. Hallaré benigno al Juez, o por mis pecados me dirá: No te conozco?

Miércoles. Tentaciones.

Este día me consideraré espantado, trasudando, y sumido en un remanso de amargura con las tentaciones y figuras de los sagacísimos demonios, que racimados como enxambre sobre colmena, cruzan, y se apresuran sobre mí, unos con sutiles secretos, y otros a escala vista me combaten por darme alguna herida mortal [...]. Atorméntanme con la memoria de mis pecados [...] me combaten para anegarme, representándome horrendas figuras para que me tenga por condenado, cercáronme temores; muerte y dolores del infierno me han cercado por todas partes, y los

lazos de la muerte me han apretado. O qué dolores tan amargos! O que lazos tan estrechos!

Luego me miraré que ya me están velando, y la iglesia comienza a ayudarme con oraciones y sacramentos, congojada, como madre, por el peligro y grande necesidad en que estoy. Rézanme la letanía; llaman a todos los santos que me ayuden, invocan a la Madre de Dios con oraciones, porque yo estoy inhábil para pedir socorro. Echan agua bendita sobre la cama, y me ungen con el santo oleo, y me llegan a besar la imagen del santo crucifixo.

Ya tengo los dientes negros y traspillados; las narices afiladas y con tierra; quebrados y sumidos los ojos; estirada la frente; las orejas amarillas y sordas; la lengua gruesa, áspera y con sarro; levantado el pecho, y que suena ronco; la garganta estrecha; los pies yertos; perdido el conocimiento; y saliendo de mí un hedor miserable.

Ya de los que más me querían y amaban comienzo a ser aborrecido; y desean verme despenado. Pues si de esta manera estoy dos o tres horas; ay! Qué será de mí? O qué lugar tendrán los demonios de afligirme! Qué recias serán las batallas! Quanta será la rabia de estos leones infernales, y más si conocen que hay falta de socorro! O fin peligroso de la batalla, donde se gana o se pierde todo!

Jueves. Agonía.

La agonía de la muerte es el extremo de todas las cosas espantables y terribles de esta vida. Mucho sintiera si me quitaran la hacienda, la honra, o si me desterráran a vivir peregrino entre extraños, o si me cortáran algún miembro de mi cuerpo; mas ahora todo junto de tropel me ha suce-

dido, aunque con otro modo más penoso, que es sin esperanza de volver a poseerlo más en esta vida. Y como a un rio grande, que nace de lejos, se juntan otros que le hacen crecer, así se han hecho sin vado mis dolores, y casi han derribado el puente de la esperanza.

Ya tengo la candela en la mano, y el hábito sobre la cama, y tiemblan y se estremecen todos mis miembros, así como la candela que se muere. Ya se apresura con desigualdad el aliento; los presentes comienzan a decir: Jesús sea contigo. Ya con un dolor inmenso se va descarnando y desarraigando mi alma de cada miembro, y toda alborotada, se retira y recoge (en acabándose el húmedo radical) al corazón, donde se hace fuerte, rehusando y temiendo la salida; y desde allí, con sobresalto mortal, tiende los ojos por la eternidad de los siglos, adonde quiere entrar. No ve por todos lados sino cielo e infierno, ángeles y demonios que la aguardan, esperando cada parte hacer en ella presa. Salirse es intolerable; quedarse imposible. Todo el tiempo pasado se volvió en nada y hallase a las puertas de lo infinito. Al fin, con un dolor inefable se arranca del corazón, y de repente se halla en aquellas anchísimas regiones sin camino.

Viernes. El cuerpo muerto.

Miraré mi cuerpo, que ha quedado descolorido, horrible, feo, hediondo y muy cerca de la corrupción. Ya ni puedo oír, ni ver, hablar, no gozar de ningún bien de esta vida para siempre jamás. Esta hediondez era a quien regalé? Para quien se mullía la cama blanda, se sazonaban los manjares regalados, y se traían los vinos preciosos? Este

era yo? O muladar cubierto de nieve, escoria del más baxo elemento, cieno e hijo de cieno, y nieto de nada! Naci llorando desnudo en tierra, desnudo viví, gimiendo y temiendo, vuelvo a la tierra con otra nueva deshonra, en donde con horrenda corrupción, entre podre bullen gusanos. Esta es mi presunción y la desvergüenza de mi soberbia? Como a estiércol podrido tratan de echarme de casa, y de esconderme en la tierra, porque no inficione a los que viven.

Ya mis domésticos, parientes y amigos me han desamparado, y no ven la hora de echarme de casa; hanse vuelto en robadores, ya revuelven las arcas y los secretos rincones de la casa; descuelgan los paños, riñen sobre lo que han hallado, y espántanse cómo no hay mas dicen que yo era gastador y que también debo dexar algo escondido. La hacienda queda en poder ageno, y nada me agradecen, los presentes me miran, quedan maravillados, salen allá fuera, y buscan qué arrebatar.

Sábado. Entierro.

Estas son las cofradías, y estos los cantos funerales. Como? Qué? me sacan de mi casa? Qué? a enterrar me llevan? Que en hombros agenos voy en una caxa? No paseé yo estas calles con mis pies? Qué, en esta Iglesia he de quedar para siempre? Unos lloran, y otros cantan, y muchos me acompañan. Mas de qué me sirve esta pompa? Qué se le da a mi cuerpo aunque haya sido rey, y menos a mi alma? La vanidad en qué puede ayudar a los difuntos? Todo este aparato, en echándome en la sepultura, y en apagando esas luces, se acabó. Los mios me dexan entre-

gado a los gusanos, que me aguardan, muestranse tristes, y volveránse a comer a mi casa, en la qual yo no tengo esperanza de volver a entrar.

Sepultura.

Pues mientras me cantan el Oficio de Difuntos (antes que descienda a la tierra, cubierta de la obscuridad de la muerte, quiero contemplar la casa adonde he de morar, jardines en que me he de ver, y las gentes con quien he de conversar. O qué aposento tan miserable! O qué casa tan estrecha y triste! El techo da en la frente; huesa de siete pies de largo, que abrieron en un momento! De esta raya no he de pasar, hasta aquí llegarás; mas no pasarás de aquí. Toda la onda é hinchazón de mi vida en esta orilla se deshace. O lecho miserable, donde los colchones son polilla, los cobertores gusanos, las cortinas y almohadas huesos y calaveras de otros muertos! O compañeros tristes y mudos, despojados de carne y cercados de horror! Lo que sois he de ser, y con vuestros huesos se mezclarán los míos desbaratados. Luego miraré que me echan en la sepultura, y con un hazadón trastornan sobre mí huesos y tierra, y me tapian con un pisón, en donde quedaré en perpetua soledad, comido de gusanos, y convertido en polvo.

[El domingo, el Juicio, y el Infierno o la Gloria]